

Revista *Vigencia del psicoanálisis*
No. 1: La vigencia del psicoanálisis.

Contenido:

<i>Editorial</i>	2
<i>Las críticas al psicoanálisis</i> . Popper y Adler, elementos para la discusión sobre los entre pisos del psicoanálisis.....	4
Por: José Eduardo Tappan Merino.	
<i>A cien años de Tres ensayos de teoría sexual: No hay sexo sin acoso</i>	32
Por: Daniel Gerber	
<i>La Infancia Drogada</i>	41
Por: Marcela Almanza	
Preparado en colaboración con: Álvaro Salas, José Luis Sandoval, Yolanda Alonso, Guadalupe Vega, José Luis Chacón, Vanesa Friedenber, Victoria Lafont y Viridiana Palacios.	
<i>Un diálogo con consecuencias</i>	48
Por: Susana Bercovich.	
<i>Actualidad inconsciente</i>	62
Por: Eduardo García Silva.	
<i>El fin del psicoanálisis es... su principio</i>	75
Por: Manuel Hernández García.	

Editorial

La revista ***Vigencia del psicoanálisis*** debe su nombre y decide iniciar sus publicaciones con este mismo tema por el hecho de ser, más que un tema, una pregunta siempre abierta para el psicoanálisis. La clínica nos da cuenta de la importancia que tiene el preguntarnos constantemente sobre el lugar que ocupamos en tanto analistas ante un analizante, así como de las preguntas que el mismo discurso anuncia en los diversos significantes que se presentan a modo de lapsus, síntomas, sueños o la misma transferencia.

Preguntarnos por la vigencia del psicoanálisis implica también que nos replanteemos su pertinencia en tanto praxis. ¿Por qué no mejor ejercer desde la clínica una terapia breve, menos costosa y menos compleja que el psicoanálisis?

Pero también preguntarnos por la vigencia del psicoanálisis es preguntarnos por las nuevas formas que cobra el goce para el sujeto, es preguntarnos por las vías que ahora se abren a la sexualidad donde los criterios diagnósticos son insuficientes, sin que sea nunca la intención proponer nuevos; sino más bien escuchar antes lo que esas nuevas maneras de vivir la sexualidad –y de sufrirla– tienen para decirnos, lo que esas nuevas maneras de gozar tienen para mostrarnos.

El psicoanálisis como teoría y como práctica sólo puede ser vigente en la medida en que continúe escuchando y le de un lugar al discurso de lo inconsciente, en la medida en que reconozca que siempre hay algo de lo que no sabemos todo, es decir, en la medida en que continuemos trabajando el camino que Freud abrió y que replanteó Lacan.

Preguntarnos por la vigencia del psicoanálisis es también poner atención a las diversas crisis que lo han atravesado, y aún lo atraviesan, y por las que ha generado.

Algunos de los trabajos que a continuación se presentan han sido recientemente discutidos en eventos realizados en Colombia, Costa Rica y México (el de Marcela Almanza, Susana Bercovich y Daniel Gerber), y los otros han sido escritos específicamente para este número de la revista (los de Manuel Hernández García, José E. Tappan y Eduardo García Silva). Agradecemos su participación a todos ellos y a ustedes su lectura.

LAS CRÍTICAS AL PSICOANÁLISIS.¹
**Popper y Adler, elementos para la discusión
sobre los entre pisos del psicoanálisis.**

“Sin nuestras dudas sobre nosotros
mismos, nuestro escepticismo
sería letra muerta, inquietud
convencional: doctrina filosófica”
Cioran.

José Eduardo Tappan M.

Universidad de Viena en 1928 con una tesis sobre: El método en la psicología de I.- El 29 de noviembre de 1993, apareció en la portada de la revista TIME el rostro de Freud con la leyenda: ¿Freud está muerto?. La respuesta resulta ser evidente, puesto que propone que existen modalidades psicoterapéuticas que han demostrado ser más eficientes, menos costosas, y se trabaja en periodos mucho mas cortos a lo que se hace en el “psicoanálisis ortodoxo”, entonces hasta la pregunta parece absurda. Además, también surge la duda de ¿cómo puede ser posible que un científico del primer tercio del siglo pasado, sea llamado a rendir cuentas frente a los avances tan evidentes de la neurología, la psicología, la psicofarmacología, la psiquiatría etc.?. Por si esto no fuera suficiente tendríamos que ver que la sociedad, altamente represiva, sobre todo en sus hábitos sexuales se encuentra totalmente rebasada, hoy la libertad sexual es un triunfo innegable de las dos generaciones de las post guerras. La revista nos quiere crear la idea, de que el psicoanálisis como cualquier producto, es perecedero y que por lo tanto, no puede escapar de los inexorables tiempos de vigencia histórica.

Aquí comienzan los problemas, prácticamente cualquier medio de comunicación, se siente capacitado para discutir la pertinencia del psicoanálisis, como si se tratara de un asunto de sentido común o donde otros “los especialistas” hablan lo que es para ellos “el grave problema del psicoanálisis”, “vaticinando su cercano fin”, sin mayor evidencia o base argumental que su propio e ignorante punto de vista, temen que el psicoanálisis se halla transformado en una especia

¹ Conferencia presentada en el CIEP, México.

de secta más llena de glamour que de efectividad. Se considera que es un asunto simplemente de fe, de credulidad de un grupo de ingenuos.

La posición de la revista TIME podemos calificarla de esquemática y reduccionista, pero no del todo equivocada, tienen razón los periodistas de temer a cierta clase de psicoanálisis, que se encuentra entronizado en las latitudes del planeta, en donde circula esa revista. Existen, sin embargo, otras posiciones opuestas a la desesperanzada visión del TIME, que plantean que la producción freudiana es indudablemente actual y vigente, sugieren que su propuesta clínica no ha prescrito; ambas propuestas, aunque antagónicas, por lo general se sostienen en argumentos muy pobres. Como los que están de acuerdo con el psicoanálisis pero lo entienden a la manera religiosa, como si se tratara de un pensamiento doctrinario y que por lo tanto, debe ser seguido sin mayor elaboración crítica. Este planteamiento doctrinario, es presentado a la comunidad, como si se tratara de una teoría científica y que por lo tanto, este carácter científico es fácilmente demostrable. Así la perspectiva extrema dentro de esta posición ve al psicoanálisis como algo eterno, infalible y que necesariamente pasará sin mácula por los críticos más devastadores. En cualquier caso, con la excepción de algunos psicoanalistas, el resto de la comunidad científica e intelectual, ha tomado partido por alguna de estas dos propuestas polares, muy pocos han optado por posiciones fundamentadas epistemológicamente. No se trata de buscar el justo medio aristotélico, sino de reconocer las características ideológicas y políticas de estas posturas encontradas, para reconocer sus implicaciones en la teoría y en la clínica.

Regresando a la pregunta: ¿Freud ha muerto?, ésta intenta cuestionarse la vigencia del psicoanálisis en el mundo contemporáneo, que aparece mal parado cuando se compara con las nuevas psicologías y psicoterapias, además de poner en tela de juicio la pertinencia de las propuestas teóricas de este pensador.

Son estas críticas, como la del TIME, poco informadas y repletas de prejuicios, lo que ha roído y desgastado al psicoanálisis, mucho más que las críticas fundamentadas, es decir, se trata de un efecto de corrosión o de erosión que generan las críticas simplistas y superficiales sostenidas por el “sentido común”, (ab hoc et ab hac); fenómeno que tanto ha lastimado a la inteligencia y al pensamiento en general, pero también las defensas dogmáticas han causado un enorme daño, ya que la supuesta mirada inteligente he informada puede permitirse comentarios, con los que tendríamos que estar de acuerdo y afirmar con ellos, que el psicoanálisis es una payasada.

Estas dos posiciones polares esbozadas al inicio, han generado posiciones que a su vez han formado escuelas dentro de la psicología y el psicoanálisis: la posición que niega la actualidad del pensamiento freudiano se sostiene en una teoría evolucionista, un esquema desarrollista, ampliamente difundido, ya que propone que todo lo nuevo siempre será mejor que lo anterior, que las nuevas teorías tienen argumentos más depurados que sus antecedentes, que el progreso teórico se da siempre de manera progresiva y cualitativa, que las tesis contemporáneas son mas atinadas y eficaces, que las de antaño, que la sociedad de antes sobre las que se construyó la teoría no es la misma que la de hoy, etc. El argumento de fondo es: la ciencia ha llegado a tal adelanto y grado de desarrollo, que lo anterior siempre queda sin pertinencia. Bajo esta manera de mirar el problema, el concepto de lo clásico es desconocido, se entienden las cosas bajo una simple antinomia: lo viejo es caduco versus lo actual que es eficiente. Se trata de una forma reducida de pensar, ya que se basa en argumentos superficiales sin contradicciones, pero que quizá ese sea su principal atractivo, lo que lo hace popular. Este tipo de propuestas, pertenecen las teorías “de moda”, ellos son los que sostienen lo que todos suponen, y generan críticas demoledoras, al que llaman, “psicoanálisis ortodoxo”; basándose en juicios superficiales y en propuestas más de orden efectista que en argumentos sólidos.

La segunda posición, defiende el lugar de Freud y del freudismo dentro del psicoanálisis contemporáneo, que podríamos a su vez, subdividirla en: a) una manera dogmática y b) una perspectiva crítica que nos conduce a pensar la naturaleza de lo clásico, que evidentemente se trata además de la propuesta que considero más fecunda de trabajar por encontrarse más fundamentada.

Por lo tanto, es necesario abundar en el sentido de lo clásico, porque atañe directamente al psicoanálisis. Podemos decir, que un texto es clásico cuando por algún motivo, el asunto que trata, logra rebasar las barreras de la historia y atiende a elementos que le son contemporáneos o propios al hombre. La antropología cultural, ha dirigido su estudio a las particularidades, a las condiciones específicas que tiene cada sociedad, cada grupo étnico, es decir, a lo que es distintivo y característico de una cultura, a lo que la hace singular y diferente; sin embargo la antropología estructural ha estudiado las características que podríamos llamar universales, aquello que permanece, que se encuentra presente en todos los momentos de la historia y que hace semejantes a los hombres de todas las épocas, de todas las clases y de todas las culturas. El psicoanálisis dirige su mirada hacia estos fenómenos que construyen las estructuras que organizan la subjetividad humana. Como lo dice Lacan en 1960 en la Subversión de sujeto y la dialéctica del deseo en [...] “Una estructura es constituyente de la praxis llamada psicoanálisis.” Bajo esta perspectiva el aparato psíquico, sería lo que en última instancia determina el pensamiento y la conducta humana; lo social, la cultura cambian constantemente de “ropa”, dependiendo de las épocas, de las exigencias de la naturaleza, de los hombres etc. Sin embargo existen muchos elementos que permanecen, que se mantienen y que no dependen propiamente de las circunstancias coyunturales o locales, las trascienden, se trata por lo tanto de fenómenos transculturales y transhistóricos. Los autores llamados clásicos como: Confucio, Sócrates, Shakespeare, Cervantes, Dostoyevski y Freud entre otros, son los que han atinado a dar cuenta de “la naturaleza humana”, del hombre universal, los autores que alcanzan a dar cuenta de ésta perspectiva, generalmente son trascendidos por su propio trabajo.

Es verdad que el psicoanálisis, hoy en día, es mucho más complejo y rico que el que esbozara el propio Freud, pero no por ello, se puede desconocer la tradición que genera Freud como autor de una discursividad, como generador de una actitud y una perspectiva. Foucault muestra el fenómeno que significa ser autor. Podemos decir que Nietzsche, Freud y Marx (entre no muchos otros) producen: una manera particular de pensar al hombre y a la sociedad, que eran inéditas para la historia, por ello, cada uno es generador de un modo, de una forma y fondo particular, de una cualidad fácilmente reconocible; otros pensadores se inscribirán dentro de la corriente establecida por los autores; a partir de los cuales podremos diferenciar y distinguir: él es marxista, ese otro no es freudiano, se trata de un planteamiento nietzscheano, etc. La autoría se reconocería por la existencia de un estilo, una lógica interna, una perspectiva propia, además, de una intencionalidad, que paradójicamente rebasan al propio autor; es decir: Freud no siempre fue freudiano, como lo dice Élisabeth Roudinesco al proponer que Freud se fue alejando paulatinamente, de las bases filosóficas que le dieron vigor y un carácter revolucionario en sus orígenes.

Sin embargo, algunas corrientes psicoanalíticas, propugnan por un psicoanálisis transformado en psicología general, dirigido por las modas intelectuales del momento, principalmente impulsadas por una necesidad científicista. En esta perspectiva aparentemente incluyente, la cual, dicho sea de paso, da cabida a posiciones profundamente esquemáticas y fundamentalistas, que se encuentran repletas de sentencias y juicios que se presentan como “verdades” inescrutables.

Por consiguiente, en las teorías que se levantan sobre maneras simplificadas de pensar, dependemos de esas falsas seguridades, que como ya hemos dicho son populares, y que conducen a juicios maniqueos sobre el hombre y el mundo; todas éstas construcciones teóricas, arriban como fenómenos anodinos. Ocupadas de presentar un simple claro-oscuro idealista, en donde los

matices y los entre tonos no son percibidos y por supuesto no son entendidos, se escapa precisamente aquello particular sobre lo que se construye el conjunto de argumentaciones, desaparece el motivo mismo de la teoría: “el inconsciente”, “el conflicto psíquico”.

Para analizar al psicoanálisis desde una perspectiva crítica no es necesario montar una propuesta “sui géneris”, pero sí es indispensable que este informada y sea rigurosa. No creo que todo el mundo se encuentre capacitado ni tenga información, para discutir sobre la pertinencia de la física cuántica, pero sobre el psicoanálisis opinan periodistas, intelectuales, psicólogos, sacerdotes y psicoanalistas, generalmente llenos de prejuicios y de ideas más o menos vulgares, trasladando la discusión a lugares francamente ridículos o estériles: los que niegan versus. los que creen; sin argumentos, en la mayoría de los casos, y los que encontramos sin ser dignos de tomarse en cuenta, pero se ha dicho y escrito tanto, que sus efectos no dejan de perturbar y enrarecer, incluso a los exámenes más críticos y rigurosos.

II.- Existen otras críticas que han desgastado al psicoanálisis desde dentro. El psicoanálisis como la mayoría de las disciplinas académicas ha sido víctima de actitudes reduccionistas y ataques que lo han simplificado y banalizado, transformándolo en una práctica acartonada, llena de recetas y pasos a seguir, que han convertido al “psicoanalista” en un “plomero psíquico” o “cosmetólogo del alma”. Es a partir de la falta de rigor en los planteamientos teóricos, en el uso de los conceptos de manera descontextualizada, lo que ha coadyuvado a que hayan proliferado las llamadas psicoterapias alternativas y otras corrientes dentro del campo de la psicología; ya que estas disciplinas se establecen conforme a las expectativas consideradas socialmente aceptadas, y que por lo tanto no generan una crítica a los modelos de vida que promueve la sociedad de consumo y sus medios de comunicación masiva. Las “terapias”, han ido aumentando e imponiéndose como moda, pero quisiera enfatizar que muchos de los académicos e intelectuales, tienen una importante responsabilidad en el estado actual del

problema. Además del desgaste que ha sufrido el psicoanálisis por el vulgo, la academia y algunos de los autodenominados psicoanalistas. Tampoco podemos olvidar el desgaste y trivialización del psicoanálisis, por las “teorías o escuelas psicoanalíticas”, con propuestas mediatizadas por la cultura hegemónica, como por ejemplo: en el cambio de lugar de la noción de inconsciente dentro de la teoría psicoanalítica, de un región principal a una posición marginal; se trató de una modificación estructural, que resulto del descentramiento del inconsciente, ocupando ahora la periferia dentro de las lecturas y propuestas posteriores a Freud. Me refiero específicamente a lo que se ha producido desde Adler, Anna Freud, Hartmann, Mahler, Kohut, etc. que caven en la llamada escuela americana; por supuesto con las excepciones de lo que se llamó escuela inglesa encabezada por Melanie Klein y la francesa que dirigía Jaques Lacan. Quienes conservan principios epistemológicos, que son fundamentales en la propuesta freudiana: como el lugar de la sexualidad, de la pulsión de muerte, del inconsciente etc. etc.

Nos recuerda Rudinesco en la biografía de Lacan: que Jung le contó (a Lacan) la escena en que Freud mirando desde la cubierta del barco las costas de Norteamérica, cuando éste fue a dictar sus conferencias a la universidad de Clarck, dijo: “no saben que les traemos la peste”, lo que ignoraba Freud es que el auditorio, así como los más entusiastas seguidores del psicoanálisis en ese país, al ser fundamentalmente una sociedad mediatizadora, ya tenía las vacunas contra esa supuesta peste; por lo que el psicoanálisis no irrumpe, entra en el cauce de la moral y de las instituciones académicas en ese país. Totalmente diferente era el psicoanálisis en Europa, nutrido por la actitud crítica frente a los conformismos sociales, frente a la cultura, hablando incluso de un malestar que le era propio a la sociedad; discutiendo abiertamente contra la moral y las religiones, ya que a la luz del psicoanálisis aparecían como simples formulismos sociales, repletas de hipocresías y de dobles discursos; sobre la religión incluso mostraba que se trataba simplemente de una ilusión, sólidamente justificada por condiciones de dominación, que se arraigaron en la historia de las sociedades. Esto en cuanto a su posición y actitud crítica, sin perder de vista que lo radicalmente innovador y

revolucionario del psicoanálisis, fue el demostrar que son los resortes inconscientes, los que determinan la conducta humana y no la conciencia y que el “yo” no es más que un súbdito, un vasallo de un gran número de procesos inconscientes, de los que ni siquiera tiene noticia, como se suele decir, el “yo” no es dueño ni de su propia casa; asunto que los norteamericanos cambiaron rápidamente, alterando todo el sentido que tenía la teoría y la práctica freudiana.

Esta dirección crítica y cuestionadora, es lo que caracteriza el espíritu de la propuesta freudiana, espíritu que debe ser entendido como lo hacen los juristas: como el sentido y justificación de una ley. Si se oculta o destruye este espíritu, se pierde un aspecto muy importante; yo iría más lejos al decir, que se pierde algo de la esencialidad misma del psicoanálisis, lo que le da consistencia y unidad de discurso, lo que podríamos llamar: una intencionalidad freudiana, visto de esta manera el freudismo es también una subversión que penetra además de la concepción del hombre en algunos sectores de la cultura.

Es importante recordar, también, como el mismísimo Freud hablaba de las resistencias, que encontraba en los espacios universitarios y académicos, es evidente que las resistencias se daban porque, se trataba de la posición del psicoanálisis crítico, no en sus versiones “*ligh*”, que confieren un destacado lugar al “yo” y a los procesos secundarios ó conscientes. Por lo que conviene diferenciar a los críticos (como método de conocimiento), de los criticones (como herramienta de destrucción), estos últimos caracterizados por la resistencia a mirar al hombre de otro modo (como la psicología del yo). Una imposibilidad que entra en el perímetro de la antropología filosófica, es decir de las diferentes concepciones del hombre influidas por la ilustración, como la del hombre es bueno por naturaleza, el hombre que existe porque piensa, el hombre es un animal racional, el hombre es hombre en la medida que se explica a si mismo, etc. Se trata de una misma perspectiva, que se ha llamado enfoque humanista, que imposibilita o por lo menos dificulta el conocimiento del hombre más allá de su bonomía, mas allá de la conciencia y la racionalidad.

Dentro del complejo campo del psicoanálisis freudiano, se articulan diferentes teorías y conceptos, cuya importancia varía dependiendo del peso que tengan éstos dentro del paradigma; es decir, los conceptos y las teorías, no tienen el mismo valor, ni el mismo peso estructural, por ello, es necesario distinguir con toda claridad las bases argumentativas de cada posición. En cada propuesta, como en las distintas teorías es imprescindible identificar lo que podríamos llamar el núcleo duro, para posteriormente establecer los contrastes o comparaciones con las escuelas psicoanalíticas o del pensamiento, lo cual, implica además, asumir una posición necesariamente crítica, que conduce precisamente en mostrar que el pensamiento, la conciencia y la racionalidad no tienen independencia, que son instancias psíquicas multideterminadas; todo un complejo andamiaje teórico que descansa en la primacía del inconsciente; centro a partir del cual se teje la discursividad freudiana. Pero la teoría del inconsciente no fue lo único que golpeó a la sociedad de su tiempo, también lo hicieron las ideas de la sexualidad infantil, como sabemos, que escandalizó fuerte y profundamente a la moral, y la teoría de la sexualidad. Conmoción que también sacudió al arte, la filosofía y a las distintas ciencias sociales, humanas o de la conducta.

Por todos lados el psicoanálisis freudiano irrumpe y trastoca a la sociedad y la cultura de su tiempo, los asuntos que pone a la vista, son lo suficientemente dolorosos, como para que aún en nuestros días, continúe existiendo una resistencia frente a estas propuestas alejadas del tradicional enfoque humanista; lo que despierta grandes resistencias y reproches.

III.- Es el momento de abandonar “las críticas” que se han realizado desde la “vox populi”, dentro y fuera del campo psicoanalítico, que tristemente representan la mayoría de los planteamientos que examinan y generan una corriente de opinión sobre el psicoanálisis; ahora caminaremos de la mano de uno de los críticos más destacados e influyentes de Freud y del psicoanálisis como Karl Popper, que a mi manera de ver, tiene un planteamiento calificado y aceptado

por la comunidad académica, aunque no muy documentado, pero su punto de vista, merece ser revisado nuevamente, no sólo porque se trata de un planteamiento clásico sobre el que han regresado diferentes autores críticos, sino también porque la propuesta popperiana, por paradójico que parezca, tiene mucho que ver con la metodología empleada por el propio Freud, aunque Popper crea ser un crítico de psicoanálisis, yo propongo que fue freudiano aún sin saberlo.

Karl Raimund Popper nace en Viena en 1902, se doctoró en lupensar. Con gran visión de los problemas sociales que vendrían, emigra a Inglaterra en 1934, sólo un año después de que Hitler arribara al poder. Al finalizar la segunda guerra Popper ya era profesor de lógica y de metodología de las ciencias en Londres.

Se define él, a sí mismo, de diferentes formas pero quizás la más importante es que se reconoce como crítico y racionalista. Sobre este último, el racionalismo, convendría precisar más, ya que para el metodólogo vienés, existen tres usos de este concepto: en el primero, podemos decir que trata, de una actividad intelectual que se sostiene en la observación y la experimentación, no, simplemente opone al empirismo, crítica muy valiente, sobre todo, si consideramos la gran importancia, que tenía para los científicos y filósofos ingleses los modelos empiristas. La segunda forma de usar el concepto de racionalismo, se refiere a la actitud de resolver problemas apelando a la razón y a la experiencia, más que a las emociones y pasiones, creo que el interés de Popper, no era el de restarle importancia a las emociones, sino el de poner atención, a que los argumentos estén sostenidos con evidencias, con datos, con juicios rigurosos y no por la simple elocuencia, por simpatías o afinidades. La tercera forma de emplear este concepto de racionalismo, se adecua más al pensamiento del Popper maduro, se refiere sencillamente al ejercicio abierto e irrestricto de la crítica, esto aplicado a los juicios propios como a los de los demás. De esta manera aprender, es efecto de nuestra capacidad de preguntar y de criticar, no es efecto de la simple acumulación de datos o de información. Además, por supuesto, de ser principalmente riguroso en el uso de las argumentaciones y

de la observación, tratando siempre de tener suficientes elementos para formarse un juicio, con ello, debe generarse un efecto de la claridad respecto al conjunto de las propuestas, una visión panorámica que conduce a la toma de una posición heurística y epistemológica.

También podríamos llamar escéptica a esta perspectiva, ya que se trata de ir más allá del conjunto de las ostentaciones de las que se sirven fanfarronamente algunos científicos, preguntarnos sobre el soporte de los mismos, sobre el suelo y los entresuelos en los que descansan cada una de las teorías; discutir sus inexactitudes, la manera en que justifican su método o la manera de aproximarse al psicoanálisis, sobre las características de la información, de las fuentes de la misma, en el conocimiento en general, valdría decir que el escepticismo es una conducta permanente en Freud y Popper.

En este momento Popper pone el acento en la actitud del científico, no se trata de seguir un método determinado de manera ciega, la actitud es fundamental y se encuentra de manera implícita más que explícita en el proceso de conocimiento, la encontramos en la mera de cuestionar, de preguntarnos; en la forma en que nos dirigimos para aceptar o negar una propuesta, siempre como el resultado de un análisis riguroso y crítico.

Es algún tiempo después, que otros filósofos de la ciencia y epistemólogos, ampliaron y desarrollaron el importante lugar que tiene la expectativa y la actitud en el proceso de investigación científica; por ejemplo Bachelard en la década de los cuarentas, nos muestra como la postura que se tenga frente a la información puede impedir o facilitar el proceso mismo de conocimiento. Son principalmente los prejuicios y el sentido común lo que aniquila a cualquier intento de reflexión y de pensamiento.

Popper no apuesta a las astucias de la razón, ya que considera que es relativamente simple, construir argumentos a favor de razonamientos

equivocados. Es muy fácil legitimar e incluso proponer los soportes de un juicio erróneo. Demostrar la pertinencia de una teoría es la tarea más fácil y cómoda, ya que se puede hallar siempre el ejemplo adecuado para probar la supuesta veracidad de ésta. Es por ello, que para el autor la actitud racionalista convive con la aceptación de la diferencia, con el disenso, con la alteridad; mientras que los seudorracionalistas son siempre más autoritarios y generalmente se encuentran peleados con la crítica, por lo que no pueden obtener ninguna enseñanza de ella.

Antes de continuar con lo que sería su biografía científica, conviene para el motivo del presente ensayo mostrar la vía por la cual Popper conoció el psicoanálisis.

“Yo mismo entré en contacto personal con Alfred Adler y hasta cooperé con él en su labor social entre los niños y jóvenes de los distritos obreros de Viena, donde había creado clínicas de guía social”² Al parecer el contacto fue muy importante para el joven Popper, ya que su colaboración no se limitó al trabajo social que realizaba, se familiarizó también ampliamente con la teoría adleriana.

Nos cuenta Popper en su libro Conjeturas y refutaciones, que en una ocasión en 1919, acudió frente a Adler, para exponerle un caso, que pensaba no cabía dentro del marco explicativo de la teoría del complejo de inferioridad y la protesta masculina, “pero él no halló dificultad alguna en analizarlo en términos de su teoría de los sentimientos de inferioridad, aunque ni siquiera había visto al niño. Experimenté una sensación poco chocante y le pregunté cómo podía estar tan seguro. “por mi experiencia de mil casos”, respondió a lo que no pude evitar contestarle; Y con este nuevo caso, supongo, su experiencia se basa en mil un casos”. Lo que yo pensaba era que las anteriores observaciones podían no haber sido mucho mejores que la nueva; que cada una de ellas, a su vez, había sido interpretada a la luz de “experiencias previas” y, que al mismo tiempo, considerada como una confirmación adicional”³.

² Popper K. Conjeturas y refutaciones. Ed. Paidós. 4ª reimpresión 1994 Barcelona. p. 58

³ Op. cit. P59.

En su libro de Conjeturas y refutaciones se ocupa de dismantelar lo que a su juicio son tres propuestas pseudocientíficas: La teoría de la historia de Carlos Marx, la teoría psicoanalítica de Sigmund Freud y la psicología individual de Alfred Adler; me ocuparé únicamente de estos dos últimos.

Comenzaré con exponer la propuesta adleriana ya que por ella Popper comienza a cuestionar la validez del psicoanálisis ¿Cuál es el aspecto de la propuesta adleriana que hiciera de Popper primero un seguidor, después un crítico y finalmente un enemigo?. Para responder a esta pregunta, es necesario primero conocer la trayectoria de Adler, ya que además, se trata de uno de los disidentes y críticos ilustres (aunque no necesariamente riguroso y fundamentado) que se hiciera del psicoanálisis.

Alfred Adler nace en los suburbios cercanos a Viena 1870, es el segundo de seis hermanos posición en la estructura genealógica, que le afectó mucho, ya que en las familias judías existe un privilegio orientado al primogénito de la descendencia, opinan sus biógrafos; por ello, se establece una rivalidad con el celado hermano mayor, que se llamaba Sigmund (lo cual nos permite especular sobre el significado, que esta coincidencia tuvo en su relación con Freud). Se cuenta que la madre lo rechazó desde temprana edad, además padeció de raquitismo y una malformación, todo ello sumado a una salud muy frágil; eran frecuentes las enfermedades en su infancia. Durante su juventud, sigue un camino profesional muy parecido al que hiciera algunos años antes Freud.

En su teoría aparecen más importantes los vínculos entre los hermanos, que las relaciones que se establecían entre padres e hijos, lo que lo llevó a no asignarle mucha importancia a la teoría edípica de Freud. Por ello, la familia era simplemente un modelo de la sociedad, su célula fundamental, perspectiva que lo obliga a tener una lectura abierta y explícitamente sociológica de muchos de los problemas psíquicos; además, desde joven se preocupó por los problemas sociales, principalmente los relativos a la desigualdad entre las clases, por lo que

abraza la teoría marxista. Se casa con una muchacha que representaba de alguna manera a la *intelligentsia* judía en Rusia, por su conducto establece una relación con León Trotski, como con jóvenes revolucionarios rusos.

Abandona el judaísmo y se convierten al protestantismo junto con sus dos hijas en 1904, al parecer no era un practicante, ya que continuó con su misma actitud librepensadora.

En 1902 comienza a frecuentar las reuniones psicoanalíticas de los miércoles, durante ocho años mantuvo con Freud una relación cercana, hasta que en 1910 presentó algunas de sus propuestas, en las que sobresalía la idea de que la aparición de la neurosis, derivaba del fracaso de la “protesta masculina” frente al conflicto entre lo masculino y lo femenino. La crítica de Freud se hizo cada vez más consistente, principalmente por el empleo excesivo del concepto de inferioridad, por continuar con la visión netamente social de la sexualidad, una perspectiva social de la diferencia entre los sexos, y por considerar a la herencia como una posibilidad de transmisión de las neurosis; Adler fue uno de los pioneros, en la construcción de una psicología del yo mucho más del lado de la adaptación social, completamente privada de las nociones de complejo de Edipo, inconsciente, represión y libido.

Pero quizá sea más productivo, seguir los aspectos, que el propio Adler presentaba como críticas a las propuestas de Freud.

En primer lugar sustenta que el cocimiento de la teoría psicoanalítica se realizó desde tiempo antes al de Freud. Propone a Pierre Jenet como continuador de la célebre escuela francesa sobre todo al introducir el concepto de “sentiment d’incomplétude”, que lleva a Adler por el derrotero de la inferioridad y tiempo después a Lacan por el de la incompletud propia del sujeto deseante. Sitúa a José Breuer como el inventor del psicoanálisis, ya que él buscaba el significado de los síntomas, su origen y finalidad, interrogando directamente al paciente. Para Adler,

Freud es simplemente una persona que perfeccionó e introdujo nuevos derroteros, de los que a su juicio “tres son erróneos y susceptibles de bloquear el camino hacia una progresiva comprensión de la neurósis”. A continuación presentaré sus críticas:

1.- “La primer de esas concepciones objetables es la que considera a la libido como fuente y causa de malestar [...] De esta manera se logra suscitar la impresión de que todas las tendencias y todos los impulsos humanos están plenos de libido, siendo que, en verdad, no se hace más que encontrar en ellos lo que previamente se había introducido”⁴. Es fácil ver que para Adler, toda la teoría libidinal no permite dar cuenta de las causas del malestar, que se trata más bien, de un elemento que se introduce tramposamente para justificar a la teoría que la sustenta. Continúa Adler con su crítica: “Las últimas interpretaciones psicoanalíticas (ideal del yo) permiten suponer que la teoría freudiana de la libido se acerca a pasos agigantados a nuestra teoría del sentimiento de comunidad, de la dependencia de la sociedad y la aspiración a un ideal de la personalidad.”⁵. Es clara la importancia que asigna Adler a la dimensión social, la manera, que según él, lo social conforma el psiquismo, que podemos advertir en el sentimiento de comunidad; Adler se introduce en los ideales, como si estos se trataran de prototipos, de arquetipos de lo que es lo socialmente adecuado y admirado, mismos que se transforman en aspiraciones o metas que tienen incluso mayor peso que cualquier resorte inconsciente o que la fuerza libidinal; lo que centra el asunto del psicoanálisis en el “yo” sus identificaciones, sus motivaciones, sus incapacidades, restándole por lo tanto, importancia a las motivaciones inconscientes, con lo que desarticula toda la teoría psicoanalítica y destruye todo lo que respecta a las teorías dinámicas y económicas.

2.- “La segunda concepción freudiana a la que también considero errónea, es la de la etiología sexual de la neurosis, concepción a la cual Pierre Janet ya se había acercado notablemente [...] Pero el psicólogo no debe dejarse engañar por

⁴ Adler Alfred. El carácter neurótico. 2ª. Reimpresión Barcelona 1993 Ed. Paidós. P. 45

⁵ Adler Alfred. El carácter neurótico. 2ª. Reimpresión Barcelona 1993 Ed. Paidós. P. 45

apariencias. El contenido sexual de los fenómenos neuróticos tiene su fuente principal en la oposición conceptual “masculino-femenino”, en la protesta viril [...] Es extraño que un conocedor tan sutil del simbolismo como Freud no haya advertido todo lo que en la apercepción sexual hay de simbólico; que en las imágenes sexuales no haya entrevisto un simple dialecto, una “manera de decir”⁶. El asunto de la sexualidad debía ser leído, según Adler, a través del lente de las relaciones sociales, a través de las formas en que es representado lo sexual; parece que se trata de una imposibilidad para Adler, ya que su perspectiva le impedía mirar directamente lo sexual, que sabemos era mucho más que genitalidad para Freud, Adler propone atraer la atención a lo simbólico, visto como formas o representaciones sociales, como los códigos de la cultura; pero las representaciones son eso, meras representaciones de fenómenos. Freud, pienso, que quería dirigirnos a la naturaleza del fenómeno propiamente dicho, a lo que constituía el núcleo duro de la problemática: la sexualidad como apremio a la vida, o bien como la naturaleza misma de la pulsión, aún de la pulsión de muerte (¿se trataría de una erótica de la muerte?).

Podemos observar de la lectura de las dos críticas (y de la siguiente), que Adler discute lo que él llama tres concepciones freudianas erróneas, como si una perspectiva teórica se construyera con la suma de distintas teorías o propuestas, que podemos intercambiar, que pudiéramos modificar sin afectar al resto, al conjunto de lo que podríamos llamar: la teoría general. Sobre este asunto, Carlos Marx atina al decir, si no recuerdo mal, que el todo no es efecto de la suma de las partes sino de la articulación que se establece entre ellas, es decir, creo que se tratara de un proceder ingenuo el de Adler, por la ignorancia que tenía de la propia teoría psicoanalítica. Cada uno de los conceptos esta relacionado con los otros, generando un efecto de entreverado, no podemos sacar uno o substituirlo, sin alterar el conjunto, de la trama en producción total. Cada propuesta se articula con la siguiente, formando interacciones e interdependencias. Pasemos ahora a presentar su última crítica.

⁶ Adler Alfred. El carácter neurótico. 2ª. Reimpresión Barcelona 1993 Ed. Paidós. P. 46

3.- “su teoría según la cual el neurótico se encuentra bajo la compulsión de deseos infantiles, particularmente incestuosos, que reviven por la noche (teoría de los sueños), y a menudo también en la vida de vigilia.”⁷ En esta crítica simplemente desconoce la teoría del Edipo y la teoría de la interpretación de los sueños. Aquí se ocupa nuevamente de proponer que los psicoanalistas son los que hacen inducir forzosamente en los pacientes, la idea o la creencia, de que todos sus problemas son efecto de “una metáfora incestuosa”, dice Popper de Adler. “Cuando mayor sea la inseguridad, con tanta mayor intensidad se aferrará esta joven a su ficción, hasta tomarla literalmente como una realidad.”⁸ El malestar es para este autor, el resultado de un problema que se sustenta en la inseguridad del paciente, por ello, el verdadero problema es esa inseguridad; que tendría que ver con la formación del “yo”, como con la adopción de feroces ideales, además de que ocurra una adecuada “protesta masculina” frente a la ambigüedad del binario masculino-femenino; para Freud esa inseguridad no era causa sino efecto, de problemas que tendrían que ser rastreados hasta la constitución misma de la sexualidad infantil y del inconsciente.

Por la naturaleza de la propuesta adleriana y su crítica al freudismo, podemos entender que en 1926 su movimiento alcanzara una dimensión internacional, pero sobre todo en Estados Unidos; único país, en el que al parecer tuvo un verdadero arraigo, crecimiento y desarrollo; en la actualidad es un movimiento prácticamente inexistente.

Freud, francamente molesto con Adler y con la propuesta adleriana, como podría esperarse: en su famosa carta dirigida a Arnold Zweig con motivo de la muerte de Alfred Adler dice: “Para un muchacho judío de un suburbio vienés, una muerte en Aborden es una carrera poco habitual en sí misma, y una prueba de su ascenso. **El mundo lo recompensó real y generosamente por el servicio que prestó al oponerse al psicoanálisis**”⁹.

⁷ Adler Alfred. El carácter neurótico. 2ª. Reimpresión Barcelona 1993 Ed. Paidós. P. 47

⁸ Popper Karl. Conjeturas y refutaciones. Ed. Paidós. 4ª reimpresión 1994. Barcelona. p. 60

⁹ Las negritas son mías.

Sabiendo que Popper había tenido una cercanía con Adler, no debe de asombrarnos, su deseo en demostrar que su psicología individual, no cumplía con los requerimientos mínimos de exigencia metodológica y menos de cientificidad, lo mismo que el psicoanálisis freudiano y el marxismo. Estas tres disciplinas que él catalogaba dentro del rubro de las propuestas pseudo científicas, como hemos dicho, en donde se encontraba también la astrología, y todo tipo de conocimiento que se soporte en creencias o actos de fe, pero que no tienen bases documentales y metodológicas válidas, para sostener sus argumentaciones y menos sus conclusiones, es decir, carecen de un piso firme sobre el cual se puede sostener su edificio teórico.

Me parece interesante hacer el recorrido de las críticas que realiza Adler al psicoanálisis, por la facilidad con la que niega una propuesta, sin presentar demasiados elementos de juicio, sin argumentos, sin una propuesta que fije criterios sólidos y claros, supone el que se considere errónea la propuesta freudiana y acertada la propia es suficiente. Critica las propuestas freudianas sin mayor evidencia, sin ningún rigor, sin mayores exigencias metodológicas, lo único que aparece es su propio criterio, nos advierte incluso de que no nos dejemos engañar por el psicoanálisis, pero no elabora una crítica consistente, sin embargo, también representa un punto de vista que podríamos llamar consensuado, de *la vox populi*. Es un buen botón de muestra, de la manera en que generalmente se han realizado las críticas al psicoanálisis, repletas de anfibologías, falacias de predicción vaga, falacias por generalización inadecuada, falacias “*ad nómitem*”, además de los ya consabidos prejuicios e inexactitudes, careciendo de algún tipo de rigor o exigencia metodológica, más que la de la experiencia que le da “los mil y un casos”. Con ello, vemos que el modelo teórico adeleriano, más que buscar comprender “la realidad” lo que intenta es, simplemente, encontrar las evidencias que legitime sus argumentos; conduce la discusión crítica a una confrontación de puntos de vista, trata de deslegitimar a Freud y de allegarse confianza de los lectores o discípulos.

Popper sin embargo no es despiadado en su crítica, podría ser mucho más duro, creo que la crítica es pertinente, y muestra que el conjunto de las argumentaciones no cumplen con las exigencias mínimas de fundamentar lo que se dice, en reclutar información para dar cuenta de lo que se asevera; al parecer para Adler es suficiente, la responsabilidad de sostener su palabra, únicamente con el punto de vista personal o el prestigio obtenido, por la “larga experiencia resultante de los más de mil y un casos”. Con el malestar de esta actitud Popper, amplía la crítica a la propuesta adleriana a la teoría psicoanalítica freudiana, sin embargo, creo que lo que más le molesta es la actitud de los analistas: “Los analistas freudianos subrayaban que sus teorías eran constantemente verificadas por sus observaciones clínicas”¹⁰. Esta manera de proceder sustrayendo rigor a la lectura de la propuesta freudiana, y trasladando parte de la discusión a un simple debate de opiniones y de puntos de vista.

Para Popper la ciencia se desarrolla por reemplazos paradigmáticos, por lo que un nuevo paradigma llega a reemplazar al anterior, por tener la posibilidad de explicar las áreas que la teoría anterior no podía, sin embargo se trata de una propuesta que no escapa de la teoría de la evolución gradual de la ciencia, como si las diferentes escuelas del pensamiento se fueran sucediendo unas a otras, en un camino progresivo cualitativa y cuantitativamente. Piensa que los cambios se dan por revoluciones, tomando la propuesta de Thomas Kuhn, que es presentada en su libro, ya clásico: La estructura de las revoluciones científicas; sin embargo, la manera en que alcanzan legitimidad científica las diferentes teorías, no es científica para Kuhn, se trata simplemente de un asunto de consenso, que puede alcanzar una propuesta por la comunidad científica, lo que molesta a Popper, por la facilidad que tiene cualquier teoría de verificarse a si misma. Es este asunto, lo que lo hace romper (no del todo) con la tradición de la epistemología en su vertiente historicista, para demostrar, que los consensos de la comunidad de científicos, no son suficientes para validar o demostrar que una propuesta o una

¹⁰ Popper Karl. Conjeturas y refutaciones. Ed. Paidós. 4ª reimpresión 1994. Barcelona. p. 59

teoría sean científicas; para ello, se requiere de un procedimiento muy riguroso pero simple en su aplicación, ya que consiste en buscar las propuestas falseables de una teoría, es decir, el campo que no puede ser cubierto por el ámbito de explicación de una teoría. Esa sería la metodología falsacionista; si no encontramos espacios donde la teoría se ve imposibilitada, con una carencia, con la dificultad de dar cuenta de todo un campo del conocimiento, y no de sólo de una pequeñísima parte, entonces tenemos frente a nosotros una teoría pseudo científica, como ya se ha mencionado, lugar en que para este autor se localiza el psicoanálisis.

La historia de las ideas, ha mostrado dos tendencias: una conservadora, que intenta preservar el orden instituido, de manera poco inteligente, pero con mucho entusiasmo, además, de que busca mantener las formas dogmáticas del pensamiento; la segunda sería la búsqueda de legitimidad y consenso, a partir de convencer a las elites intelectuales de los diferentes momentos, así los nuevos argumentos, debían ser expuestos de manera convincente, para obtener partidarios; se trataba de un ejercicio intelectual, dentro del terreno de la retórica, que busca convencer, no probar, fuera entonces del sentido racionalista que tanto defiende Popper, ya el racionalismo como perspectiva se apuntala por el sentido que le da a "*la ratio*", vista esta voz latina, como la necesidad epistemológica de preguntar directa y explícitamente: la razón necesaria o razón suficiente, para una propuesta pueda ser considerada válida, condiciones que son ineludibles en una argumentación, más si esta intenta dar algún tipo de explicación dentro de alguna propuesta teórica.

Como podemos observar en la crítica de Adler a Freud, los argumentos más elocuentes, ganaban adeptos y desplazaban a los que tenían menos posibilidades de esgrimir una defensa, dando lugar a las actitudes y argumentaciones vacías pero efectistas, los problemas y los tropiezos se ocultaban, para que no aparecieran los flancos débiles, el talón de Aquiles frente a los enemigos, ya que la crítica es vivida como destrucción; por ello, era legítimo

emplear la trampa y el encubrimiento para ganar a cualquier precio. Esta es la parte de la historia de la ciencia que se tiende a ocultar, como si la naturaleza de los científicos implicara necesariamente, una devoción por la verdad, y no sufrieran de hambre, de envidias y celos, es decir, de los sentimientos y los problemas de los que somos víctimas todos los seres humanos.

Teorías como el marxismo, el psicoanálisis, y la psicología individual no son científicas, puesto que no pueden ser falseables, opina Popper: “No puedo imaginar ninguna conducta humana que no pueda ser interpretada en términos de cualquiera de las dos teorías (psicología individual y psicoanálisis). Era precisamente este hecho –que siempre se adecuaban a los hechos, que siempre eran confirmadas- el que a los ojos de sus admiradores constituía el argumento más fuerte a favor de esas teorías. Comencé a sospechar que esta fuerza era, en realidad, su debilidad”¹¹. Pero podemos ubicar un problema aún mayor al de verificar la teoría “buscando-encontrar” siempre evidencias para justificarla, y es cuando aparece la realidad metamorfoseada, la realidad adaptada a las expectativas de la teoría, lo cual puede ser encontrado en las propuestas teóricas de Spitz y Mahler, entre otros. Ahora bien, el tener un piso o sustento errado, no impide que tenga seguidores, sin embargo se requiere que sean acrílicos y estén dispuestos a seguir la teoría de manera dogmática. Eso mismo opina Popper con respecto a la popularidad del Psicoanálisis y el marxismo: “que tienen un atractivo psicológico para los hombres: lo explican todo”.

El papel que debe perseguir la ciencia es más modesto, propone el epistemólogo vienes, debe simplemente explicar, con alto grado de profundidad un solo aspecto, una pequeña parcela dentro del vasto universo del conocimiento, se trata de poder penetrar y así explicar una pequeña área, delimitada con toda cabalidad, entre lo que le es pertinente y lo que no lo es, se trata de un espacio de competencia explicativa; abandonando este campo la teoría no se hace responsable de las explicaciones que bajo su nombre se construyan. Se intenta,

¹¹ Popper Karl. Conjeturas y refutaciones. Ed. Paidós. 4ª reimpresión 1994. Barcelona. p. 60

además, no aceptar los intentos de las pseudo ciencias, de hacer elásticas algunas explicaciones para ampliar su campo de pertinencia.

Podríamos resumir la propuesta de Karl Popper en cinco aspectos que serían fundamentales:

1.- Es fácil obtener confirmaciones o verificaciones para casi cualquier teoría, si son confirmaciones lo que buscamos.

2.-La confirmación es válida, sólo si se produce en una búsqueda por refutar a la teoría.

3. - Toda teoría científica restringe su ámbito de competencia, limita su capacidad explicativa. Cuanto más prohíbe una teoría, tanto mejor es.

4.- Una teoría que no es refutable por ningún suceso concebible no es científica.

5.- Todo genuino *test* de una teoría es un intento por desmentirla.

Con base a lo dicho presenta su más fuerte argumento: “las dos teorías psicoanalíticas mencionadas [...] Simplemente, no eran testables, eran irrefutables. No había conducta humana concebible que pudiera refutarlas. Esto no significa que Freud y Adler no hayan visto correctamente ciertos hechos. Personalmente no dudo que mucho de lo que afirmaron tiene considerable importancia, y que bien puede formar parte de algún día de una ciencia psicológica testable. Pero significa que esas “observaciones clínicas” que los analistas toman, ingenuamente, como confirmaciones de su teoría no tienen tal carácter en mayor medida que las confirmaciones diarias de los astrólogos creen encontrar en su experiencia”.¹²

Es verdad que a Freud le preocupaba verificar su teoría, pero también falsearla, ello es resultado de que el padre del psicoanálisis se suma a la actitud crítica y de falsación frente a las disciplinas científicas de su tiempo, que intentaba

¹² Popper K. Op. cit. p. 62

explicar las patologías mentales; en donde estas disciplinas pretendidamente científicas no hacían más que autoverificarse (unas a otras, como a sí mismas).

El psicoanálisis surge al generar una propuesta, que se nutría de las constantes inexactitudes y actitudes incuestionables de los neurólogos, psiquiatras y psicólogos. Por ello, el sentido crítico es consubstancial al psicoanálisis.

La delimitación del campo en el que el psicoanálisis es competente, fue continuamente explicitado y demarcado por Freud, frente a las seducciones que tenían sus discípulos y el mismo, de otros saberes, de otras ciencias, de otras propuestas filosóficas, antropológicas, médicas etc. Las propuestas de sus discípulos eran constantemente revisadas y reordenadas, lo que lo condujo a romper con ellos y generar “las disidencias”, por su puesto, que algunas de las cuales también lo fueron por razones políticas.

Efectivamente muchos de los desarrollos subsecuentes de la teoría siguieron distintos derroteros, pero la mayoría de ellos, con la misma pobreza argumentativa y falta de rigor, además de un manejo conceptual errático.

Margaret Mahler siguió el curso de la propuesta freudiana del desarrollo psicosexual, sólo que ella, lo hizo al pie de la letra, es decir como si se tratara de un proceso de maduración biológica; su investigación fue documentada con películas, que como siempre, verificaban lo que se pensaba de antemano. Para esta autora norteamericana, la metáfora freudiana del despliegue de la libido por distintos puertos: oral, anal y fálico, desapareció para dar pie a una nueva teoría evolucionista unilineal; que podía predecir los diferentes tipos de patologías por los distintos tipos o clases de eventos que un niño había atravesado en su infancia, por ello, si algún suceso extraño hubiera ocurrido, por ejemplo en la etapa anal, con seguridad tendríamos una patología predominantemente obsesiva; se trataba de una reedición de la teoría del trauma que opera en una realidad (histórica) que preexiste y determina a la realidad psíquica, son estos eventos traumáticos de los

cuales el sujeto aparece, como una víctima pasiva, podríamos decir incluso más, es simplemente efecto de las condiciones que intervinieron en su desarrollo madurativo; se trata de una “víctima de las circunstancias”.

Por supuesto que esta perspectiva “historicista”, descuidaba la importancia de una constelación muy grande de elementos como la voz, la escucha, la piel, la imagen, el cuerpo, entre otros, que no aparecían como puertos erógenos, en donde pudiera arribar la pulsión. Como también, pasaba por alto el concepto de realidad psíquica, donde el sujeto siempre es responsable, el destino como efecto de circunstancias externas no existe para Freud, siempre existe una posibilidad, para que el sujeto elija el camino que recorrerá, la manera en que se historizará, siguiendo o huyendo de las fuerzas de su deseo.

Michel Foucault¹³, en una de las clases que da en Brasil, el propósito era mostrar la importancia del drama de Edipo, como un cambio en las formas jurídicas tradicionales de la antigua Grecia, por lo que en su cátedra presenta, el asunto del juicio y de la ley. Es interpelado por el psicoanalista Hélio Pelegrino, sobre lo que él supone es la lectura freudiana del Edipo, y las conclusiones que de ella se derivan para el campo del psicoanálisis. Pelegrino dice: “Existen unas experiencias de un psicoanalista muy importante llamado René Spitz, que muestra el fenómeno del hospitalismo. Los niños que no han tenido contacto con la madre mueren por falta de “madre materna.”¹⁴ Se trata de suponer que existe evidencia muy clara de la necesidad e identificación temprana de los niños con su madre, del amor que ellas puedan prodigar a su criatura, y cita, para validar su argumento, el estudio que realizara en México, Spitz en una investigación que lo lleva a concluir que los niños privados del cariño materno mueren, a lo que llama: “hospitalismo”. Foucault escucha el pobre argumento y simplemente responde: “Comprendo. Eso no prueba que la madre sea indispensable sino que el hospital no es bueno”¹⁵; los niños mueren no porque este presente o ausente la madre,

¹³ Foucault Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. Ed. Gedisa. 1998. Barcelona.

¹⁴ Foucault. Op. cit. p149

¹⁵ Foucault. Op. cit. p 149

esta investigación no prueba que sea indispensable su presencia, sino simplemente que esos hospitales son malos. La conclusión que obtiene Spitz es simplemente una verificación, encuentra lo que buscaba. Es precisamente, esta manera de emplear a la teoría pseudo psicoanalítica, lo que más lastima al propio cuerpo de conocimiento psicoanalítico; ya que tiende a mezclar los fenómenos estructurales y los fenomenológicos; confunde además el concepto de función, con la historia fáctica; el sujeto con el personaje de la novela familiar; las construcciones teóricas con los fenómenos empíricos; los conceptos son desarraigados de su campo explicativo y usados en circunstancias muy diferentes para los cuales fueron creados, prácticamente sin ningún tipo de restricción.

Es precisamente esta mala lectura de la teoría psicoanalítica, la que impulsó a los antropólogos a buscar contra ejemplos culturales de la teoría del Edipo freudiano, para demostrar que se trataba simplemente de un punto de vista etnocéntrico, pensaban los antropólogos como B. Malinowski: que Freud se sustentaba en un equívoco, al universalizar e incluir en su teoría lo que sería un fenómeno particular, la condición de la familia burguesa dentro de la sociedad vienesa de principios de siglo; ya la etnología comparada, sabía que existían muchas culturas en donde el Edipo no aparece como en la tragedia de Sófocles, sin embargo, el complejo de Edipo no se refiere a un ejemplo extraído de la literatura para mostrar el odio del hijo por el padre y su deseo por la madre, simplemente intenta dar cuenta de un fenómeno estructural, que es condición del psiquismo y de la construcción de la sexualidad infantil, es cierto, que este tipo de lecturas poco rigurosas y descontextualizadas como la de los antropólogos culturales, llevan a refutaciones y validaciones en lo que podríamos llamar el territorio de lo imaginario. Discutiendo las distintas versiones que se podían generar, por cada uno de los antropólogos o psicoanalistas.

Concuerdo con Popper en la falta de rigor de muchas de las propuestas teóricas de algunas escuelas psicoanalíticas, como en la carencia de una actitud crítica por parte de los psicoanalistas en general, entre los que se encontraba,

ahora, Adler. Que conducen al psicoanálisis por el territorio de lo doctrinal, de lo instable, que lo llevan al mundo de la creencia. ¿cuál es la responsabilidad de Freud frente a lo que los supuestos freudianos dicen al hablar en su nombre?. Se trata de un problema grave para el psicoanálisis, en donde la irresponsabilidad de los psicoanalistas al vulgarizar el paradigma, lo han trivializado, quitándole el piso, su base de apoyo.

La crítica popperiana al psicoanálisis muestra: que es verdad parte de ella, no todo el conjunto del cuerpo de conocimientos psicoanalítico freudiano recibió el mismo tratamiento de rigor, por parte del padre del psicoanálisis; muchas de las teorías sólo fueron bosquejadas, otras tantas cambiaron consecutivamente a lo largo de la vida de este autor. Pero el soporte de toda su discursividad es la posibilidad de dar cuenta de lo que dice, de justificar con evidencia lo que afirma; para Freud no existen axiomas ni principio de fe.

El actuar de Freud, fue generalmente crítico, molesto de las actitudes irracionales, lleno de ese racionalismo que tanto gusta a Popper, además, como hemos señalado, no se dejaba seducir por los consensos de la comunidad científica, lo que le origino grandes problemas a lo largo de su vida. Lo que no podía comprender, simplemente no lo aceptaba, sólo después de seguir las cadenas de los argumentos, de cada uno de los autores que estudiaba (que generalmente eran los representantes de las diferentes posiciones sobre el problema que estaba estudiando), realizaba un examen de las evidencias de que se servían estos autores, sólo entonces Freud proponía una metodología crítica, que lo conducía a construir su argumento; lo cual no puede ser generalizado dentro de la comunidad psicoanalítica, ya que aquí, las posibilidades doctrinarias son las más socorridas y populares.

Un ejemplo que parecería popperiano, es extraído del actuar freudiano, Grosso modo: el caso trataba de un muchacho con una gran ansiedad y que sufría de insomnios, por los pensamientos “obscenos” que tenía; el médico le

diagnosticó: “anemia cerebral” y la manera de curarlo, era que “el púber”, saliera al campo para respirar aire puro y alimentos frescos y saludables. Al regresa algunos años después, confiesa que lo que tenía era un gran deseo sexual, pero que reprimía por considerarlo inmoral e inapropiado; la pregunta es ¿de donde sacó el médico la idea de anemia cerebral?. Es lógico pensar, que estaba simplemente confirmando (verificando) una propuesta médica sin ningún tipo de vínculo o relación con los síntomas, más que los que construía el médico. “Freud nos da el ejemplo de la tesis de medicina sostenida en 1881 por Debacker, quien presenta sus conclusiones dejando de lado todos los datos clínicos registrados durante la observación. En lugar de ellos aparecían teorías médicas totalmente desvinculadas del discurso del enfermo. Tal actitud (que, con modalidades diferentes, podríamos encontrar también en la actualidad) llevó a Freud a denunciar el peligro de una “falsa ciencia” contraria a toda genuina investigación”¹⁶.

Como sabemos por la infinidad de biografías de Freud; su actitud fue permanentemente cientista, apostaba a la explicación científica más que a la filosófica, siempre se mantuvo a una distancia prudente de las posiciones científicas o pseudocientíficas, como podemos rastrear, con infinidad de actitudes y comentarios a lo largo de toda su vida. Es verdad que no es su actitud, no es suficiente, para sostener que por lo tanto el psicoanálisis sea científico, no es este el lugar donde se presentarán los argumentos a favor o en contra de su legitimidad científica, pero sí para saber que se trata de una disciplina rigurosa, con un campo de competencia específico, que será realmente refundado con la propuesta lacaniana; deslindándose de los ingenuos planteamientos de la psicología del yo; recentrando el campo del psicoanálisis y de la práctica analítica. La importancia de Lacan, fue la de releer a Freud, salir a su encuentro con una perspectiva sustentada en distintas disciplinas, además de abrir el psicoanálisis a la crítica, a la discusión, a la instauración de la rigurosidad. De aquí que es impensable un lacanismo sin Freud.

¹⁶ Mannoni Maud. El niño su “enfermedad” y los otros. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires 1987. pp. 8 y 9.

Creo que la propuesta popperiana es importante, porque efectivamente presenta de manera clara lo que es un problema para el psicoanálisis, independientemente de si este debe o no, buscar su legitimidad dentro del campo de la ciencia. Existe en las disciplinas “psi” un campo demasiado amplio para la charlatanería, para el empleo de aforismos que se repiten sin saber siquiera que es lo que se esta diciendo, se emplea una lengua oscura, pero que es oscurecido por la falta de claridad no por la profundidad de los planteamientos.

Es la falta de rigor y de fundamentación frente a lo que se dice o propone, la falta de diálogo, el pensar que los críticos, aunque estos propongan, sean vistos como enemigos, las formaciones doctrinarias del pseudo-psicoanálisis lo destruyen poco a poco, al querer actualizarlo a tontas y locas, siguiendo un furor científicista. Así que cuando preguntamos ¿Freud está muerto?, lo esta para una gran parte de la comunidad académica, intelectual e incluso para muchos profesionistas del campo “psi”, hay que pensar en los que vulgarizan el complejo andamiaje teórico y conceptual, aquellos, que sin entender el espíritu crítico del psicoanálisis, piensan que Freud esta muerto, ya sean periodistas, epistemólogos, filósofos, científicos o incluso autodenominados psicoanalistas. Se trata de ese espíritu lo que se constituye en el piso mismo sobre el que se erige el psicoanálisis.

BIBLIOGRAFÍA CITADA.

Adler Alfred. El carácter neurótico. 2ª. Reimpresión Barcelona 1993 Ed. Paidos.

Foucault Michel. La verdad y las formas jurídicas. Ed. Gedisa. 1998. Barcelona.

Mannoni Maud. El niño su “enfermedad” y los otros. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires 1987

Popper Karl. Conjeturas y refutaciones. Ed. Paidos. 4ª reimpresión 1994. Barcelona.

A CIEN AÑOS DE *TRES ENSAYOS DE TEORÍA SEXUAL*: NO HAY SEXO SIN ACOSO

Por: Daniel Gerber

Presentado en las 2das Jornadas de la Red Analítica Lacaniana

"Un siglo de sexualidad: a cien años de *Tres ensayos de teoría sexual* de Sigmund Freud",
realizadas en México en febrero de 2005.

Hay en la teoría freudiana de la sexualidad un aspecto esencial que no ha dejado de generar resistencias, tanto dentro del campo del psicoanálisis como fuera de él, tal como puede advertirse en la actualidad en discursos que se sostienen en premisas biológico-sociológicas como los de la sexología y el género. Se trata de la dimensión siempre traumática que le da su carácter específico. Desde *Tres ensayos de teoría sexual* es posible leer que lo fundamental del concepto de pulsión que este texto introduce es el hecho de que el orden simbólico no puede integrarla toda. Freud no deja de llamar la atención sobre la existencia de un real de goce que no se inscribe en el Otro del lenguaje.

La presencia de este real se puede advertir claramente en afirmaciones como la que se puede encontrar en el apartado *Procesos afectivos*, del segundo ensayo, *La sexualidad infantil*:

"Es fácil comprobar mediante observación simultánea o exploración retrospectiva que los procesos afectivos más intensos, aún las excitaciones terroríficas, desbordan sobre la sexualidad [...] En el escolar, la angustia frente a un examen, la tensión provocada por una tarea de difícil solución, pueden cobrar importancia, no sólo en lo tocante a su relación con la escuela sino para el estallido de manifestaciones sexuales [...] El efecto de excitación sexual de muchos afectos en sí displacenteros, como el angustiarse, el estremecerse de miedo o el espantarse, se conserva en gran número de seres humanos durante su vida adulta, y explica sin duda que muchas personas acechen la oportunidad de

recibir tales sensaciones, sujetas sólo a ciertas circunstancias concomitantes [...] Es lícito suponer que también sensaciones de dolor intenso provocan idéntico efecto erógeno”¹⁷.

Es claro que no se trata simplemente del placer en su sentido de reducción de una tensión. Hay una dimensión *suplementaria* que lo desborda: el goce, que no deja de estar presente de un modo u otro. El gran escándalo de la teoría freudiana no es la afirmación de la existencia de la sexualidad infantil o el señalamiento de las perversiones como el modelo de la pulsión sexual sino la constatación de que estamos condenados al goce.

En contraposición con el deseo, la pulsión no está imposibilitada de alcanzarlo. Si aquél se define como imposibilidad del goce, ésta consiste más bien en la imposibilidad de liberarse de él. El concepto de pulsión pretende dar cuenta del hecho de que, haga el sujeto lo que haga, el goce está siempre presente. Freud señalará la neurosis obsesiva como paradigma para mostrar que las medidas más enérgicas que se emplean para renunciar al goce están inevitablemente contaminadas por él.

Sin saberlo, el sujeto goza. El autoerotismo no es solamente una característica de la sexualidad infantil: muestra al goce en su esencia, en tanto es, ante todo, del uno, realiza un Uno. El goce es autoerótico porque Uno siempre goza solo. Esto no invalida la constatación de que en el terreno de la sexualidad el sujeto tiene siempre un *partenaire*; sólo que éste no es el otro sexuado sino el goce. Freud lo señala así cuando afirma que en el origen la actividad sexual es puramente autoerótica y busca obtener una ganancia de placer localizada en una zona corporal determinada que se denomina zona erógena.

Tres años después de la publicación de *Tres ensayos de teoría sexual* se puede encontrar la aclaración acerca del modo en que ese autoerotismo inicial

¹⁷ S. Freud: *Tres ensayos de teoría sexual* En *Obras completas*, tomo VII. Buenos Aires, Amorrortu, 1979, p. 185.

puede dar paso a la relación con un objeto; será por la intermediación del fantasma: "Originariamente la acción (sexual) era una empresa autoerótica pura destinada a ganar placer de un determinado lugar del cuerpo, que llamamos *erógeno*. Más tarde esa acción se fusionó con una representación-deseo tomada del círculo del amor de objeto y sirvió para realizar de una manera parcial la situación en que aquella fantasía culminaba"¹⁸. De este modo echa luz sobre el enigma abierto por él mismo en 1905 cuando planteaba la necesidad de una soldadura entre la pulsión y el objeto; quien la posibilita es el fantasma que viene a ligar lo real del goce del cuerpo propio con una representación que proviene de lo imaginario de la relación con el objeto. Con él puede pasarse del autoerotismo "originario" a la actividad masturbatoria: esta requiere del fantasma como su sostén. La satisfacción fantasmática-masturbatoria puede definirse como el goce de una escena, en una escena o por una escena en la que el sujeto está presente y donde un objeto se incluye.

No lo afirma explícitamente Freud en 1905 ni tampoco en 1908, pero desde 1919, con *Pegan a un niño*, ese escenario se define como esencialmente masoquista. No podría ser de otra manera: al sujeto se le impone constituirse en el orden simbólico, lo que tiene como precio una pérdida, la falta en ser. El único medio con el que va a contar a partir de entonces para asumir ese *dolor de existir* inevitable es incluirse en la escena primordial –la de su sometimiento al significante-haciéndose castigar para sufrir, a la vez que viéndose a si mismo sufriendo. Logra así el sostén básico que requiere su ser, carente de sustancia por su condición de sujeto en el lenguaje. En el fantasma fundamental se organiza de este modo una escena de sufrimiento pasivo que simultáneamente sostiene y aniquila el ser del sujeto, una escena que toma el lugar de lo reprimido primordial, efecto de la tachadura efectuada por el significante.

El fantasma fundamental como puesta en escena de la relación del sujeto con el goce es una especie de relleno que recubre el vacío del ser. Hay una brecha

¹⁸ S. Freud: *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* (1908). En *Obras completas*, tomo IX. Buenos Aires, Amorrortu, 1979, p. 143.

infranqueable entre éste y la identificación simbólica por la que el sujeto “asume”, bajo la forma de una elección forzada, una “identidad” que es impuesta por el Otro.

La llamada identidad sexual simbólica depende del significante de la demanda del Otro con el que el sujeto se identifica. Con ella se trata de encauzar el goce conforme a las exigencias del orden simbólico. Pero el dominio absoluto del goce que contiene el fantasma es imposible. La gran limitación del discurso contemporáneo que pretende asimilar el sexo a la noción sociológico-antropológica de género se encuentra en su intento de reducir la posición del sujeto respecto al goce a la asunción de determinados significantes provenientes del orden simbólico. Así, la cuestión del goce y el fantasma que sostiene el ser queda eliminada, al igual que la responsabilidad del sujeto con respecto a su elección de goce.

Es preciso entonces distinguir entre la sujeción al significante del orden simbólico que asigna una “identidad” sexual y el fundamento fantasmático “inconsciente” que da consistencia al sujeto carente de ser y sostiene esa identificación significativa. Aparentemente la posición subjetiva en relación con el sexo se asume en función de la diferencia sexual simbólicamente sancionada. Sin embargo, es conocida la dificultad insalvable con que Freud se enfrentará para definir los términos de la diferencia sexual implicados en la normatividad heterosexual: masculino y femenino.

Esta dificultad tiene una causa: si bien la diferencia sexual es consecuencia de la existencia del orden simbólico, no depende exclusivamente de él; no se limita a una oposición diferencial que asigna a cada uno de los sexos su identidad positiva en función de su relación con el otro porque es, en su aspecto más radical, real. Ella se basa en una pérdida que no es –como lo podría sostener el mito platónico retomado por Jung- la del otro sexo sino una pérdida idéntica para ambos sexos, pérdida de ser que determina que la mujer no sea nunca “plenamente” una mujer, así como el hombre nunca será “plenamente” un hombre. Las posiciones masculina y femenina no sino dos modos de situarse ante esta pérdida de ser que

constituye el obstáculo para la existencia de la relación sexual; obstáculo en tanto no es la pérdida de un objeto “externo” –si así fuera cabría siempre la posibilidad de una sustitución- sino una pérdida “interna” al sujeto mismo.

Lo que se pierde para acceder a la diferencia sexual como conjunto de oposiciones simbólicas no es el otro sexo, que se volvería entonces completamente ajeno; es el mismo, el mismo sexo que es otro en la medida en que es imposible de ser dicho por el significante. Se establece así esa paradoja llamada castración simbólica por la cual sólo es posible convertirse en mujer u hombre en tanto que se renuncie a *serlo*.

La incompatibilidad entre hombre y mujer no se debe a que sean diferentes en cuanto a sus economías libidinales o psíquicas, no es causada porque el otro sexo está demasiado lejos y sea por ésto extraño, es resultado de que la diferencia sexual es real: es la diferencia entre el ser del sujeto y su “identidad” simbólicamente asumida. Dicho en otros términos, la relación sexual es imposible no porque el otro sea radicalmente diferente sino por la diferencia irreductible del sujeto consigo mismo que ningún otro puede borrar, independientemente de su posición sexuada singular.

En la medida en que no hay ninguna fórmula o forma simbólica universal de la relación complementaria entre los sexos, cualquier relación, para concretarse, exige un *suplemento*. Este es una especie de guión particular que opera como muleta fantasmática, es decir, como el artificio necesario para que aquélla pueda sostenerse. La actividad sexual del sujeto no es la respuesta a la atracción que ejerce algún objeto de manera directa, “natural”; sólo es posible por la constitución del fantasma fundamental que sostiene el escenario en el que ella puede realizarse.

El fantasma fundamental proporciona una posibilidad mínima de ser al sujeto, que sólo se define como lo que el significante representa para otro significante. De

este modo sostiene su existencia y posibilita el encuentro sexual porque éste es resultado de la constitución de la sexualidad como consecuencia de un encuentro traumático: el encuentro con la inconsistencia del Otro. La sexualidad no es sino la repetición de este encuentro fallido, sólo posible con la apoyatura del fantasma.

Se puede decir entonces que toda actividad que recibe el nombre de sexual consiste en un encuentro con la inconsistencia del Otro. Implica por lo tanto repetición de una escena primordial, sea ésta la del coito entre los padres, la seducción o la castración. La dimensión traumática que la caracteriza no se explica solamente por el hecho de que allí el sujeto no sabe lo que el Otro quiere de él, es fundamentalmente consecuencia del hecho de que también para este Otro su deseo es también un enigma.

De este modo la conocida y tantas veces citada sentencia de Freud requiere un comentario adicional: "El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esa persona –por regla general, la madre- dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho"¹⁹. Cuando el niño es objeto de ese trato que trasciende la sola satisfacción de su necesidad no puede dejar de percibir de algún modo que la madre hace algo que va más allá de lo que ella sabe en cuanto a por qué lo hace: ella obtiene de ese trato una satisfacción cuyas razones ella misma desconoce. Aquí está el fundamento mismo de la existencia del inconsciente: éste es el efecto de este encuentro con el deseo enigmático del Otro, con el hecho de que el Otro no domina sus palabras y acciones, que emite significantes de los que él mismo no tiene conciencia, que realiza actos cuya dimensión libidinal le es desconocida.

La constitución de esto que se llama escena primordial de seducción como lugar central de la sexualización, paradigma del fantasma, va unida al hecho de que ella es impenetrable y enigmática; no solo para el niño –o, en su caso, el

¹⁹ S. Freud: *Tres ensayos de teoría sexual*, op. cit., p. 203.

adulto- que está en el lugar del observador/seducido o incluso victimizado; también lo es para el Otro/ adulto/activo/seducor, presunto amo de la situación, quien, en última instancia, tampoco sabe lo que está haciendo.

Esto permite pensar desde otro ángulo más la afirmación de Lacan de que no hay relación sexual: si el enigma y la confusión asociados con la sexualidad estuvieran solamente del lado del niño que percibiría como algo misterioso lo que para el Otro sería una actuación con pleno conocimiento de causa, el “esclarecimiento” del infante –como lo piensa el mismo Freud con cierta ingenuidad en un breve artículo sobre el esclarecimiento sexual del niño- le permitiría alcanzar el pleno conocimiento de lo sexual. Pero el deseo del Otro es, por definición, imposible de conocer, ante todo para el Otro mismo; por esto la sexualidad no puede nunca ser una actividad “natural” que se materializaría en una relación sexual “sana” y “normal”.

El niño “pasivo/observador/victimizado” estará entonces siempre presente allí, en el escenario sexual. De modo que incluso cuando dos adultos mantienen una relación sexual por mutuo consentimiento no están totalmente solos: hay siempre una mirada fantasmática que los observa, mirada del niño paralizada ante el enigma del deseo del Otro. Para esta mirada se organiza el escenario sexual y el carácter insondable de ella determina que la actividad que los sujetos realizan allí sea también un enigma para ellos mismos. Bastará así el más mínimo movimiento que provoque que el objeto se salga del cuadro, es decir, del marco del fantasma, para que el sujeto quede confrontado al carácter traumático de esa mirada. En ese momento surgirá su pregunta, impregnada de angustia: ¿qué estoy haciendo aquí?

Lo fundamental en la escena sexual primordial del fantasma no es entonces que el Otro someta al sujeto a una exhibición de goce perturbadora que lo desquicia sino que la mirada azorada de éste último se halla incluida en esta exhibición, de tal manera que esta no sería posible sin su presencia. La sexualidad

se constituye así no solamente por el encuentro traumático entre el goce del adulto y la mirada “no preparada” del niño sino porque esencialmente esa perplejidad del niño sostiene la actividad sexual del Otro.

El discurso contemporáneo llamado “políticamente correcto”, que combate la discriminación y el acoso sexual, tiene allí su punto ciego pues se funda en el desconocimiento de que no puede haber sexo sin la existencia de algún elemento de acoso porque no hay sexo sin la constitución de una mirada perpleja, sacudida violentamente por la dimensión de un goce imposible de simbolizar que es el suplemento indispensable para cualquier tipo de relación sexual. De ahí que toda protesta contra el acoso sexual, contra el sexo que es impuesto de un modo violento y no consentido, más allá de los aspectos legítimos que pueda incluir, tiene siempre algo de protesta contra el sexo mismo como tal en su aspecto más radical: si se quiere eliminar de la sexualidad su dimensión real-traumática del goce más allá del principio del placer, resultará que lo que queda ya no es sexual. El sexo presuntamente “maduro” que se materializaría en una relación armoniosa de mutua comprensión entre adultos que se respetan plenamente sería, por definición, un sexo desexualizado, un acoplamiento mecánico reducido a una dimensión puramente biológica e instintiva. Por esto, para el psicoanálisis, el sexo sólo puede ser políticamente incorrecto.

El gran escándalo de la teoría freudiana de la sexualidad proviene así de la desmitificación de la cópula como el momento cumbre, la meta, el clímax de la actividad sexual. Lo que en todo caso Freud demuestra es que, para que el sujeto se excite e incluso pueda eventualmente realizar el coito, es preciso que algún elemento “parcial” particular lo fascine. En este sentido, “no hay relación sexual” significa que no hay ninguna representación “directa” del acto de la cópula que pueda excitarnos de inmediato: la sexualidad sólo puede ser sostenida por goces parciales –una mirada aquí, un toque allá, un olor, un rasgo específico- porque el goce inherente a la sexualidad sólo se encuentra en el sostén fantasmático de alguna escena que involucre un objeto parcial.

En consecuencia, el error habitual del neurótico consiste en considerar los objetos parciales como meros elementos del juego previo cuya función es la de abrir el camino para el “verdadero” goce que sería el acto sexual “en sí”. Desde luego, la decepción no se hace esperar. El perverso, por su parte, comete el error simétrico: supone que esos objetos parciales *son* directamente “la cosa en sí”, de tal modo que podría liberarse de la referencia al acto sexual imposible apegándose exclusivamente a esos objetos.

La alternativa que el psicoanálisis propone no es la de inventar algún nuevo goce. Pasa más bien por mantener la tensión entre el vacío de la relación sexual imposible y esos objetos parciales que sostienen el goce. De hecho, no contamos más que con estos objetos, pero ellos sólo pueden tomar su dimensión erótica a partir de su relación con el acto sexual siempre ausente; sólo pueden existir como tales por la referencia al vacío del acto, vacío que en todos los casos se tratará de hacer presente.

La Infancia Drogada (*)

Autor: Marcela Almanza

Preparado en colaboración con:

Álvaro Salas, José Luis Sandoval, Yolanda Alonso, Guadalupe Vega, Cristina Ortiz, José Luis Chacón, Vanesa Friedenber, Victoria Lafont y Viridiana Palacios.

Tomamos como punto de partida de esta investigación, que acontece en la Ciudad de México, numerosos casos de niños que consumen psicofármacos desde temprana edad, y que se presentan tanto en la consulta con un analista en el ámbito privado, así como también en diversas instituciones educativas y de salud mental.

Nos preguntamos sobre los motivos de la proliferación creciente y sostenida del diagnóstico de Déficit de atención e hiperactividad aplicado a la población infantil, y las consecuencias que esto acarrea para la misma. El lugar que adquieren no sólo los psicofármacos indicados para combatir esta supuesta patología, sino también las denominadas “terapias” de neto corte conductista a las que son conminados estos pacientes, y a cuyos padres –tanto desde el ámbito escolar, como desde la medicina- muchas veces se desaconseja recurrir a otra opción terapéutica (por ejemplo el psicoanálisis) por considerarlo ineficaz y hasta contraindicado para “arreglárselas” con estos niños.

(*) Trabajo presentado en las III Jornadas de la NEL (Nueva Escuela de la Orientación Lacaniana), “La aplicación del Psicoanálisis: Indicaciones y Contraindicaciones”. Nov. '04

Frente a esta realidad creemos que debemos tomar una posición ética que nos diferencie de otros discursos imperantes en el campo social.

Actualmente, existen en este país 3.5 millones de niños que consumen metilfenidato, un estimulante incluido dentro de la gama de psicofármacos recetados por los neurólogos infantiles para combatir las conductas asociadas a este diagnóstico.

Se ha comprobado científicamente que, utilizado en exceso, puede ocasionar efectos secundarios semejantes a los producidos por la metanfetamina y la cocaína, y es por ese motivo que, oportunamente, el *Consejo Internacional de Narcóticos de la Organización de las Naciones Unidas* recomendó a los gobiernos mantener una vigilancia máxima para prevenir el “sobrediagnóstico del déficit de atención e hiperactividad” en los niños, así como también el “sobret ratamiento médico injustificado”.

Haciendo un breve rastreo histórico, tenemos que el *trastorno de déficit de atención* (ADD) apareció registrado como enfermedad en 1980 en el *Diagnostic and Statistical Manual of Mental disorders (DSM III)*, de la *American Psychiatric Association*. En una edición posterior, en el DSM IV, se cambió el nombre de la enfermedad por trastorno de déficit de atención con hiperactividad (motora o verbal), añadiéndose ésta como característica calificativa. Sabemos que antes de 1980 se lo llamaba “Síndrome hiperkinético”, y dentro del campo neurológico, también era incluido dentro de lo que se denominaba “Disfunción cerebral

mínima”.

La inclusión del *ADD*, y luego del *ADHD*, en el *DSM* fue de por sí una novedad interesante. Tras varias décadas de investigación, nadie ha podido identificar una causa del *ADD/ADHD*. Aunque se afirme que es un trastorno de base neurobiológica que se manifiesta por grados inapropiados de atención, hiperactividad e impulsividad (que no se ajusta a la edad cronológica del niño), y se suponga que es la falta de dopamina la responsable de los síntomas que este diagnóstico presenta, hasta el momento los estudios científicos no lo han demostrado concluyentemente.

Entonces, si este cuadro se reconoce solo por sus síntomas, los médicos –y a otro nivel también la familia y el sistema educativo- muchas veces realizan lo que con frecuencia constituye un diagnóstico altamente subjetivo si el paciente manifiesta un número suficiente de índices que cumplan con el criterio especificado por los manuales de psiquiatría.

Ante este panorama, los niños son sometidos sin duda alguna a un abordaje múltiple que incluye: tratamiento farmacológico, tratamiento cognitivo-conductual (entrenamiento y educación para padres, técnicas de entrenamiento en habilidades sociales y académicas para el niño) y otro tipo de intervenciones como terapias sistémicas, del lenguaje, del aprendizaje, etc. Es decir, técnicas de condicionamiento.

Pero, ¿quién da un lugar a la palabra de cada uno de estos niños?. A partir de estos hechos, y en lo concerniente a nuestro campo, el del psicoanálisis, es necesario decir que el niño que llega a encontrarnos es, ante todo, un ser hablante. Esto significa definirlo como sujeto de pleno derecho, alguien que más allá de la edad cronológica que tenga o de los síntomas que muestre deberá *responder* por lo que dice y por lo que hace, es decir, que tendrá que hacerse responsable de su goce.

Dice Eric Laurent “Es particularmente seductor para cualquiera que ocupe el lugar del Otro en relación a un niño, el darle una respuesta. ¿Hará lo mismo el analista? Toda la cuestión que se juega entre psicoanálisis y pedagogía reside en este punto. Ningún analista tiene que responder a partir de un saber que pueda inducir en el analizante, por ese rodeo, una identificación a cualquier ideal. Si hay respuesta del analista, ella se articula tan solo a partir del acto analítico.”⁽²⁰⁾

Asumir esta posición ética, la del bien decir, es ir en el sentido contrario de aquellos ideales sociales que, por un lado, promueven una masificación de las conductas para designar bajo un nombre común lo que no es más que propio: la modalidad de satisfacción pulsional de cada quién.

Por otro lado, se promueve la idea de una supuesta inocencia infantil, de una pasividad desde la cual al niño no le quedaría más opción que –tomando una

²⁰ Laurent, E.: “El psicoanálisis con niños”, en “¿Cómo se analiza hoy?”, Ed. Manantial

expresión de E. Laurent- “tragarse la píldora” (21).

En este sentido, es muy interesante verificar clínicamente cómo cada niño, en tanto ser hablante responde a los imperativos del mercado no desde el universal sino desde su fantasma. Hay niños que permanecen literalmente “drogados” en relación al Otro, y los hay quienes frente a una supuesta realidad inexorable pueden decir que “no”. Esto habla de posiciones subjetivas, singularidad que el mercado pretende borrar.

Como dice Ana R. Najles en su libro *“El niño globalizado. Segregación y violencia”*, “el imperio del mercado ha transformado nuestro mundo en un espacio global, lo cual no deja de tener consecuencias sobre cualquier ser hablante, ya que el vertiginoso avance de la ciencia y de la tecnología sutura con modalidades cada vez más apremiantes al sujeto, en función del ideal de universalidad promovido por ese discurso...”. Y en el mismo libro articula la expresión “el niño generalizado” acuñada por Lacan en 1967, que significa tomar al ser hablante como objeto dejándolo sin palabra y sin responsabilidad (22).

Si, como dice Lacan, el psicoanalista debe poder responder al malestar en la cultura de su época para ir en el sentido contrario de los mecanismos de segregación y de exclusión, éste deberá inventar una y otra vez los modos posibles de ofertar a cada uno el psicoanálisis, aún en aquellos ámbitos donde la

²¹ Laurent, E.: “¿Cómo tragarse la píldora?”, en “Ciudades analíticas”, Ed. Tres Haches

²² Najles, A.R.: “El niño globalizado - Segregación y violencia”, Ed. Plural

injerencia del discurso capitalista pareciera vedar su aplicabilidad.

Es interesante ubicar cómo el abordaje terapéutico de los observables de la conducta asociados al diagnóstico citado privilegia la vertiente del sentido y de la proliferación de diversas técnicas que sirvan a los fines de que el niño reingrese – a cualquier precio- en el circuito universal de lo útil para que no se note la “diferencia” entre lo normal y lo que no lo es.

Aquí se produce una paradoja: muchas instituciones educativas, bajo un pretendido sesgo no segregativo, acogen a estos niños “hiperactivos” y “desatentos” (que han sido apartados de otras instituciones escolares, por no cumplir con los estándares pedagógicos tradicionales) y se los aloja en ámbitos escolares diferenciales, produciendo, a partir de este acto, renovadas segregaciones.

Esto no hace más que desconocer, bajo diferentes modalidades, la causa subjetiva que el psicoanálisis se propone develar para cada quién y que la ciencia pretende obturar.

Ante este panorama y, de acuerdo a lo que plantea Jacques-Alain Miller en su texto “Psicoanálisis puro, psicoanálisis aplicado y psicoterapia”, se trata de retomar la senda marcada por Lacan cuando habla del rechazo del sentido ya fijado de antemano como la orientación del psicoanálisis, diferenciándolo así de las psicoterapias que no cuestionan la consistencia del Otro, sino que más bien, la

preservan.

Dice Miller "...la cuestión decisiva en juego es el fuera de sentido", es decir, lo que no entra en lo simbólico, lo real. Y agrega: "De lo que se trata en el fuera de sentido no es sólo de darle un vehículo de transmisión al saber que se puede elaborar a partir del psicoanálisis. Lo que podemos ver a partir del momento de dificultad en que nos encontramos es que para Lacan se trata en primer lugar de una cuestión práctica. Es el problema mismo de la práctica del psicoanálisis en tanto que diferenciada de las psicoterapias" ⁽²³⁾.

Si -como dice Jacques-Alain Miller- nos encontramos en la época del Otro que no existe, ante la ausencia de un Otro garante de la verdad universal, entonces "... lo que ocupa su lugar -como lo dijo Lacan- es el discurso como principio del lazo social" ⁽²⁴⁾.

Por lo tanto, se trata de ubicar la eficacia del discurso psicoanalítico con niños, en el mundo globalizado, en tanto discurso que instituye un lazo social que atañe a hacer surgir y responder a la particularidad del uno por uno de los seres hablantes, para ir en el sentido contrario de aquellas categorías diagnósticas que intentan consagrar al niño en tanto objeto, no solamente de la pedagogía, sino también del saber de la ciencia. ⁽²⁵⁾

²³ Miller, J.A.: "Psicoanálisis puro, psicoanálisis aplicado y psicoterapia", en "Revista Freudiana N°32" (2001)

²⁴ Laurent, E. y Miller, J.A.: "L'Autre qui n'existe pas et ses comités d'éthique", Curso 1996/7.

²⁵ Laurent, E.: "Responder al niño del mañana", en "Los objetos de la pasión", Ed. Tres Haches

PRESENTACIÓN DE LA REVISTA PÁGINA LITERAL

UN DIÁLOGO CON CONSECUENCIAS

Susana Bercovich.

Costa Rica, julio 2005.

Me liga a Costa Rica y a su gente una historia muy querida. Una historia que empezó hace más de 15 años. Encuentros, avatares, amistades, Costa Rica ha sido y es para mí, una enseñanza. Una enseñanza, como todas, amorosa.

Y me da mucho gusto y emoción presentar justamente este número de la revista. Porque este número amplía un debate que a mi parecer es de vital importancia para el psicoanálisis.

Con la publicación de la conferencia Monstruos del Id, de David Halperin, "Página Literal" da cabida y prolonga un diálogo entre el psicoanálisis y los continuadores del pensamiento de Foucault.

Invitado por la UNAM, Halperin vino a México en septiembre de 2004, en el marco de un homenaje a Foucault. Fue la ocasión en que pronunció la conferencia que aparece en este número de Página Literal. Tuve la fortuna de estar allí en la engorrosa tarea de hacer una réplica a su conferencia. Engorrosa, porque su conferencia era una dura crítica al psicoanálisis.

En esta presentación trataré de contextualizar en qué y como David Halperin concierne al psicoanálisis. Retomaré para ello algunos elementos de aquella réplica.

Foucaultiano, militante queer, helenista, profesor de literatura inglesa en Michigan, y titular de una cátedra en Arbor cuyo nombre es “Cómo ser gay” David Halperin es un autor polifacético, y de un recorrido singular. La dificultad de enmarcarlo (en un método, en un tema) forma parte de su pensar. Congruente, Halperin no se deja enmarcar. Su pensar y su quehacer son en este caso la misma cosa. Su proyecto es teórico y político. Como activista no hay una separación entre estos dos ordenes. Incluso su recorrido teórico ES político, pues consiste en desenmascarar, a la Foucault, los resortes mismos del poder.

Habrá que leer sus textos para verificar las terminales diversas de su pensamiento. Y también para palpar de cerca los alcances de su mirada crítica al psicoanálisis. “Platòn y la reciprocidad erótica”, “Cien años de homosexualidad y otros ensayos sobre el amor griego”, “San Foucault”, son algunos de los textos publicados por la Ecole Lacanienne de Psychanalyse, justamente porque incumben al psicoanálisis. ¿Cómo y en qué?

Voy a remontarme brevemente a la historia, y a la historia de este debate en cuyo origen está Foucault, “Historia de la sexualidad”, la erótica griega.

Para beneplácito de los griegos, la conducta sexual no era aún un objeto de estudio. En Grecia antigua la diversificación y la transmisión de los placeres, formaban parte importante de los “cuidados de sí”. Se trataba del arte erótico.

Occidente hace del arte erótico una ciencia sexual. Foucault descubre y recorre este pasaje. El fervor científico, el discurso religioso y la moral de los sistemas dominantes contribuyeron a la producción del sexo como una ciencia. A diferencia del arte erótico, en la ciencia sexual ya no se tratará de hacer sino de estudiar. Se produce entonces la figura del sexo como portando una verdad cuyo saber es necesario dilucidar, expresar, explicar, interpretar. Se tratará de saber la verdad sobre el sexo.

En este panorama, Foucault sitúa el psicoanálisis como una ciencia sexual, oponiéndolo al arte erótico.

Los modelos de “normalidad” son contruidos acordes con la moral, la configuración discursiva y los sistemas de poder de cada época.

El psicoanálisis se sitúa en un filo. Freud está atravesado por su época. “Tres ensayos de teoría sexual”²⁶ es en ello un texto ejemplar: allí se puede leer un Freud normativo: etapas evolutivas de la libido, genitalidad, desvíos. Y también se nos presenta un Freud visionario, completamente desfasado de su momento,

²⁶ Señalado por Leo Bersani. Sigmund Freud. *Tres ensayos de teoría sexual*. 1905. Vol. 7 Ed. Amorrortu, Argentina.

un pensamiento resistente a la norma, y en ese sentido, veremos, un pensamiento queer: El hecho de declarar el cuerpo como erógeno, la sexualidad como infantil y perversa, la perversión como normal; muestra que Freud no hace coincidir lo “normal” con lo “natural”, ruptura que lo ubica muy lejos del pensamiento de su época.

El lugar de Freud es para Foucault paradójico: por un lado Freud no parece escapar a la contribución de la construcción de un modelo de normalidad sexual, y al mismo tiempo no deja de minarlo y de agujerearlo a lo largo de su obra.

Freud es ampliamente reconocido por Foucault en muchos aspectos. Por ejemplo, en el gesto de hacer del cuerpo un cuerpo erógeno, Freud desgenitaliza la sexualidad y dessexualiza el cuerpo. En el mismo hilo, Freud es de las pocas excepciones para quien la heterosexualidad no es algo natural, dado y normal; y entonces requiere también ser estudiada (señalado por Halperin en San Foucault).

Si bien en muchos aspectos el pensamiento freudiano es considerado por Foucault como contestatario de la moral de una época, el lugar que le asigna al psicoanálisis es el de una disciplina normativa que ha contribuido, junto con el discurso médico- psicológico, a la producción del modelo de normalidad sexual.

El sitio en el que Foucault ubica al psicoanálisis tiene consecuencias para ambos: Por un lado es tal vez uno de los elementos que torna silencioso el diálogo posible que habría habido entre Lacan y Foucault. Por otro lado, la inquietud

política de los últimos años de Foucault giraba alrededor de la necesidad de inventar nuevos modos de estar juntos, formas sociales alternativas de estar con los otros y de estar en el mundo. Por el sitio asignado, el psicoanálisis quedaba fuera de cualquier posible contribución.

Ante estas críticas, el psicoanálisis ensordecía y enmudecía por muchos años. No hubo recepción. Sin embargo, treinta años después el psicoanálisis recoge el guante y recibe a Foucault. “El análisis, una erotología de pasaje²⁷” de Jean Allouch, es un texto que vale como recepción y esbozo de respuesta a Foucault. Allí Allouch hace valer el amor -la transferencia- como el corazón de la experiencia analítica.

“El análisis como una práctica erótica” distingue al psicoanálisis del lugar en que lo ponía Foucault, como una ciencia sexual, y restituye la experiencia analítica al rango del arte erótico.

La Ecole Lacanienne de Psychanalyse publica, y discute con los Gay and Lesbian Studies y la teoría queer, continuadores del pensamiento de Foucault. David Halperin, Lynda Hart, Leo Bersani, Vernon Rosario, Jonhattan Katz son algunos de los autores publicados por la escuela que prolongan las críticas de

²⁷ Jean Allouch. *El psicoanálisis, una erotología de pasaje*. Seminario de Jean Allouch de octubre 1997 en Córdoba. Ediciones Literales, Córdoba, Argentina. Versión en francés: *La psychanalyse, une érotologie de passage*. Cahiers de l'Unebévue. Paris, 1998.

Foucault. La apertura a sus cuestionamientos, tomar nota de ellos, abre diálogos y vías que no dejan indemne al psicoanálisis.

La publicación de la conferencia “Monstruos del Id” se inscribe en este debate, del cual el texto de Halperin, y entonces Página Literal, ya forman parte.
¿Quiénes son y cómo surgen los Gay and Lesbian Studies y la teoría queer?

Como no podría ser de otro modo, el contexto en el que surgen estos movimientos marcan su pensar y su hacer. Se trata de movimientos que retoman el pensamiento político y las inquietudes de los últimos años de Foucault. La búsqueda de formas existenciales de resistencia a los sistemas de poder dominantes, la necesidad de inventar modos alternativos de estar juntos y la búsqueda de nuevas formas sociales, imprimen a estos movimientos un carácter de militancia política.

Los Gay and Lesbian Studies surgen en los años cincuenta cuando el psicoanálisis giraba hacia su versión más normativa: la adaptativa psicología del yo²⁸ (Allouch llega a afirmar que los Gay and Lesbian Studies no habrían surgido al margen del psicoanálisis si éste no hubiera operado el viraje a una psicoalogía).

En cuanto al movimiento queer, surge en los sesenta como contestatario del marxismo tradicional. “Los jóvenes no llevaban a Marx bajo el brazo, dice

²⁸ Jean Allouch. *Acoger los gay and lesbian studies*. En Litoral 27. Op. Cit. Allí el autor señala que si el psicoanálisis no hubiera operado este giro, no se habría producido tal movimiento al margen del psicoanálisis. Pp. 171 y 172.

Halperin, sino la “Voluntad de Saber” de Foucault²⁹. La palabra “queer” utilizada en principio como un insulto para nominar los márgenes del sistema: prostitutas, ilegales, gays, lesbianas; es retomada como nominación. El hacer del insulto una bandera es ya un modo de resistencia política (foucaultiana) ante el poder de los sistemas dominantes.

El movimiento queer incluye todo aquello que es contestatario de cualquier idea o puesta en marcha de una normalidad. Por lo mismo, no es un movimiento unificado ni de fácil definición. Su indefinición va acorde con su militancia: puesto que la identificación y la clasificación son modos, por parte de los sistemas de poder, de ejercer el control y la disciplina; hacerse inencontrable, inclasificable, e inidentificable es una resistencia activa a ese control y a esa disciplina³⁰.

El vaciamiento identitario, junto a la parodia, constituyen herramientas poderosas para desmontar los modelos de identidad impuestos. El travesti, el macho gay (cuero y rudeza en un cuerpo feminizado), la drag-queen, rompen con la idea de una identidad sexual y al mismo tiempo constituyen modos existenciales de resistencia que desarticulan los roles identitarios impuestos desde la normatividad heterosexista.

²⁹ David Halperin *San Foucault*. Op.Cit. pp. 31 y 32. Y ver el prefacio a la edición francesa.

³⁰ Leo Bersani. *Homos. Repenser l'identité*. Ed. Odile Jacob, Paris, 1998. Prefacio pp. 12, 13 y 14. Versión en español: *Homos*, Ed. Manantial, Buenos Aires, Argentina.

Puesto que los Gay and Lesbian Studies y la Teoría Queer no tienen un discurso unificado, existen posiciones marcadamente diferentes entre ellos. Por ejemplo, para David Halperin los estudios gay y lésbicos deben prescindir del psicoanálisis, al que considera una disciplina normativa. Para Leo Bersani, aun con las críticas que formula, el avance en el campo de los Gays and Lesbian Studies y la teoría queer es impensable sin el psicoanálisis que “ofrece un concepto de lo sexual que podría ser también un arma poderosa en la lucha contra la disciplina de la identidad”.³¹

Me ha tocado palpar de cerca las diferencias entre ellos: Hay debate muy actual allí, y este debate, concierne al psicoanálisis más de lo que podemos sospechar.

En la conferencia publicada en Página Literal, David Halperin pretende poner el psicoanálisis a distancia. Entonces se pregunta por las razones que conducen a la comunidad gay a arrojarse a un sexo sin protección. Y se aboca a buscar respuestas alternativas al psicoanálisis y a los sistemas de saber dominantes. Menciona entonces el “indudable” atractivo de la muerte”. En los diálogos que tuve con él, me tocó constatar, penosamente, cómo Halperin huye del psicoanálisis. Le insistí a cerca de este “atractivo en la muerte” que él da como un hecho y lo abandona rápida y sorprendentemente. Le mencioné al respecto el carácter masoquista del goce y la pulsión de muerte: Halperin no sólo cerraba sus oídos, sino que, grosero, miraba para otro lado (en verdad es una

³¹ Ibidem. P. 124.

persona encantadora). Pero obviamente se trata de alguien que no quiere saber nada de cualquier cosa que huela a psi. Es muy curiosa su relación con el psicoanálisis: pues aunque se enoja cuando se lo señalan, Halperin es freudiano de cabo a rabo. Su lectura de Genet, el método con el que busca respuestas alternativas, es freudiano. Verán en su texto, él lee como Freud.

Halperin huye del psicoanálisis, y entonces se muestra estupefacto ante el interés del psicoanálisis por David Halperin. Es que su búsqueda de vías alternativas al psicoanálisis para entender la subjetividad es de un interés enorme, también para el psicoanálisis de hoy.

Los modelos de “normalidad” y de “desvío” son producciones ficticias que responden a la opaca conjunción saber-poder. Igualmente, la clasificación de los sujetos según sus gustos sexuales se revela como arbitraria y también política.

Para los Gay and Lesbian y la Teoría Queer, el psicoanálisis habría contribuido a forjar la idea de una sexualidad normal, y entonces también la de sus desvíos, por ejemplo la homosexualidad.

La recepción de las críticas de Foucault y continuadores al psicoanálisis se acompaña de una mirada hacia la historia. Los circuitos de eros cobran diversas figuras en cada época. Existen convergencias entre las críticas formuladas por Foucault y lo que muestra la historia antigua. Ambas ponen en entredicho

conceptos psicoanalíticos que habían sido considerados verdades eternas justamente por hacer caso omiso de la historia de su construcción.

A la luz de las investigaciones de helenistas y estudiosos de Roma antigua, la historia parece indicar que el punto ciego en la erótica antigua no era ni el horror a la castración ni el horror a la feminización en el hombre. El agujero en lo sexual no parece corresponder con la castración³².

“Para introducir el sexo del amo³³” de J. Allouch es el texto que abre un diálogo a dos puntas: Por un lado, al interior del psicoanálisis en tanto los historiadores revelan que las cosas han sido de un modo distinto al que hemos imaginado. Tomar en cuenta la historia abre un debate al interior del psicoanálisis, del que si hacemos caso, pondría a temblar el edificio. Por otro lado, al recibir a Foucault y continuadores, Allouch hace efectivo un diálogo con la teoría queer, en el que uno de sus interlocutores será David Halperin.

A pesar de que el psicoanálisis forma parte de la historia de la sexualidad, no habría hecho caso de esa historia. Y en este olvido, el psicoanálisis se arriesga a producir, engrosar y divulgar un saber sobre el sexo que ya es parte de la cultura y tiene efectos sobre ella.

³² Tal vez es una cuestión de nomenclatura ¿Cómo se nombra el agujero en lo sexual? Foucault: la antinomia del muchacho, Freud: la castración, Allouch: el sexo del amo. La nomenclatura tiene una importancia mayor si tomamos en cuenta del poder realizador de la palabra y el hecho de que las cosas son según se transmiten que son.

³³ Jean Allouch. *Para introducir el sexo del amo*. Litoral 27. Edelp, Córdoba, Argentina, 1999.

Como consecuencia de estas dos recepciones que hacen una: la recepción de Foucault y la de la historia, se produce una serie de cuestionamientos de largo alcance al interior del psicoanálisis. En un efecto dominó, la caída de un elemento, provocaría la caída de la ficha que le sigue.

Esta apertura crítica parece tornar caducos varios modelos hasta ahora rectores. En principio, caduca el par homosexualidad-heterosexualidad, como así también una heteronormatividad, que había regido silenciosamente a través del dispositivo edípico, como dispositivo determinante en cuanto a ser hombre o ser mujer. Igualmente sería necesario admitir la caducidad de una psicopatología (neurosis perversión, psicosis) en la que aún nos movemos confortablemente en una normatividad solapada. ¿Continúan acaso siendo éstas las únicas coordenadas válidas para leer los tránsitos subjetivos? Mal que nos pese, la historia invita a tomar nota de la defunción de una psicopatología que por otro lado está más muerta que viva. Además, a estas alturas ya estamos advertidos justamente por Foucault, del carácter aberrante y más allá, fascitizante, de toda clasificación.

Los historiadores muestran que en la antigüedad la homosexualidad (término del siglo XIX) no era un problema. Es también lo que indica el artículo “La pederastia socrática y la prueba de virtud del *erómenos*” de Rosa Verónica Peinado (publicado en este número). A la luz de la historia, ¿Podemos seguir afirmando que la homosexualidad es el resultado de una identificación edípica a la madre fálica?

La brecha interior que abren, tanto las exploraciones de la historia como las innovaciones de los Gay and Lesbian Studies, es una enormidad. El hacer caso de ella, provocaría grandes desbarajustes, un verdadero sacudón para el psicoanálisis.

El acto de recibir los aportes de la historia y de la actualidad trae aparejada la disponibilidad de soltar un saber. Es una disposición que va acorde con el método del psicoanálisis. Sin duda habría resistencias a renunciar a más de cien años de saber sobre la sexualidad. Sin embargo, el psicoanálisis parece verse en la necesidad de ser interrogado y recibir bocanadas de aire fresco.

Si bien la recepción de estas críticas, por su enormidad, ponen el edificio en cuestión; también es cierto que el método, la pasta de base del psicoanálisis, es el desapego de todo saber. La atención libremente flotante que se requiere del analista no es sino una invitación a este desapego: dejar caer el sí bajo la forma de un saber constituido.

El psicoanálisis es tal vez sobre todo, su transmisión. El hecho de que cada tanto se anquilese en instituciones, se fije en un lenguaje y en verdades rectoras, son también efectos de estilos de transmisión.

La temible alquimia que se produce muchas veces entre el saber y el poder no excluye al psicoanálisis. Como quien dice: “uno no puede nunca saber para quién trabaja”. Hay un poder opaco en el lenguaje: las palabras se echan a rodar,

el lenguaje produce realidades, no podemos saber los efectos de lo que nombramos, sobre todo sus efectos políticos.

Conviene distinguir el psicoanálisis de sus modos de transmisión.

Si bien Freud hace surgir el psicoanálisis como un saber vivo y abierto, fuera de toda legislación estatal, universitaria, fuera de los dispositivos de poder dominantes; cada tanto se fija en sus instituciones, se normativiza y entonces sucumbe a una especie de psicología. Tal es el caso ejemplar de la normativa psicología del yo, cuyos ideales adaptativos y de dominio pulsional fueron de la mano con los sistemas de poder. Conjunción ampliamente denunciada por los militantes gays y la teoría queer.

El psicoanálisis no es un sistema cerrado, no hace totalidad, por el contrario es algo vivo y abierto. No hay Verdad, no hay una causa a reivindicar ni algo que resguardar, solamente, tal vez el lugar de un vacío.

Tal vez estamos en un momento crucial en el que el diálogo silencioso entre Lacan y Foucault se hace efectivo a través de sus continuadores.

La transferencia como una práctica erótica nueva y extrema, la disolución identitaria como una caída de sí, la desfalicización de la verdad, el olvido de sí como cuidado de sí, el desapego al saber, la destitución subjetiva, la libre atención flotante, el *dessein* del analista, el carácter anormal de su práctica; acercan al

psicoanálisis hacia Foucault, hacia Halperin, hacia los gay and lesbian studies, y hacia la teoría queer.

Actualidad inconsciente

Por: Eduardo García Silva.

Sin inconsciente, el psicoanálisis no sería tal y sin el psicoanálisis el inconsciente no sería lo que es a partir de Freud. Sin embargo, las dificultades con el término, inician desde el momento en que eso inconsciente es maleable y huidizo, pero sin embargo, siempre presente y evidente.

“¿Dónde está el inconsciente?”, tal es la pregunta que los críticos del psicoanálisis le formulan todo el tiempo, ahora incluso algunas disciplinas intentan “ver” en la amígdala el lugar del inconsciente. Pero no intentaremos dar una respuesta a estos críticos, sino volver a esa pregunta y planteárnosla desde ya con una lectura que pueda apoyarse ahí donde Freud no tuvo un apoyo, pues el momento histórico-epistémico no se lo podía otorgar: la lingüística y la topología lacaniana.

Preguntar “¿dónde está el inconsciente?”, implica ya la posibilidad de que el inconsciente esté, pero sabemos que en tanto que este término de “inconsciente” presenta un aspecto sustantivo y uno cualitativo, vale entonces también que nos preguntemos si el inconsciente *es*. Tenemos pues dos preguntas fundamentales: <<¿dónde **está el** inconsciente?>> y <<¿dónde **es lo** inconsciente?>>, ser y estar, esa es la cuestión.

En cuanto a la primera pregunta, podemos decir que con Freud se puede tener la idea de que el inconsciente es un lugar: ahí donde se “encontrarían” el deseo, las pulsiones, el proceso primario, el ello y partes del yo y el super-yo, etc; algo así como la *bodega* que contiene la esencia no sabida del propio sujeto; sin embargo, Lacan viene a poner el acento del inconsciente en su estructuración como lenguaje, para Lacan ya no es más esa bodega con recuerdos, deseos, fantasías, amores, odios, etc, sino que pasa a ser una cadena significativa que a cada momento (a cada significante, podríamos decir), da cuenta del deseo que

habita al sujeto, vehiculizándolo en los sueños, lapsus, síntomas y chistes que aparecen ahí donde el sujeto en tanto tal se desvanece para escuchar ese discurso que le acude desde esas formaciones, siendo estas, las únicas vías que dan cuenta de eso inconsciente. Con esta articulación que Lacan hace, ya se anuncia la posibilidad de abordar la segunda pregunta que apunta al lugar donde lo inconsciente es, y podemos entonces responder que lo inconsciente es en sus formaciones, es por esto que ahora aparece aquí, luego allá. Si fuese totalmente necesario decir donde está el inconsciente, lo diríamos con la física atómica pidiéndole prestado a Heisemberg su principio de incertidumbre, es decir, tal como un electrón, un protón o un neutrón, sabemos que “ahí anda”, en un espacio que al momento de señalarlo, en esa fracción milésima de tiempo, ya está ocupando otro espacio, porque está en movimiento y no es estático (a veces ni siquiera estético) pero que en un tiempo determinado, sus movimientos nos señalarían su campo de acción; así el inconsciente se anuncia en **lo** inconsciente, en lo inconsciente del sueño, del síntoma, del lapsus, del olvido y aparece en un lugar pero solamente para referir y señalar otro: efecto significante, de tal manera que si nos las vemos con un síntoma y lo interpretamos, no habremos “capturado” lo inconsciente de él, pues en gran parte su función será la de señalar a otra cosa en la que se apuntala y en la que se constituye como síntoma, o sea, su deseo, pero al mismo tiempo ese deseo nos llevaría a su cosa, es decir a la cosa, a la causa del deseo, para luego pasar a su génesis, a lo que la genera: una falta, y asimismo, una falta no es por sí sola, la falta en tanto significante refiere a lo que falta, lo que nos lleva entonces ahora a la posibilidad de una completud y de la existencia del falo, mismos que se erigen sobre la hiancia de la separación y la castración, pero a partir de un discurso, de una prohibición, podríamos decir, de un discurso de ley, justo ese que alimenta al deseo, y ya estamos nuevamente a la entrada del síntoma que aparece cuando un deseo no puede ser realizado, ¡vaya curso!. Así pues, no hay **un** lugar del inconsciente, hay un curso, y hay también un discurso de lo inconsciente, un discurso que tiene algo que decir y caemos en cuenta aquí de esa propuesta de Lacan del inconsciente estructurado como un lenguaje.

Así pues, lo inconsciente va y viene, se anuncia y se enuncia, sin embargo permanece ajeno a la objetivación y a la aprehensión, y aún cuando no se le puede (de)tener, causa efectos en el sujeto desde el que se habla. Escuchar lo inconsciente, he ahí la genialidad de Freud quien no se detuvo ante un intento de objetivar lo que sus pacientes le decían de lo que *padecían*. Antes que cualquier clasificación le acudiera para nombrar “eso”, escuchó lo que “eso” nombraba en su decir, lo que el síntoma guardaba anunciándolo, lo que el sueño ocultaba para poder decirlo: el deseo. Un deseo que justamente tiene esa cualidad de la que hablamos al inicio, ser inconsciente.

“*Si, sí, pero demuestren dónde está el inconsciente*” siguen cuestionando los críticos, y no sólo eso, sino que “*esa teoría ya es caduca, Freud vivió en el siglo pasado y después de él ha habido nuevos descubrimientos y terapias más efectivas y rápidas*”; como si el psicoanálisis estuviera en competencia por ganarle tiempo al sujeto y liberarlo de sus síntomas con el menor tiempo, dinero y esfuerzo, como si el criterio para la vigencia de un descubrimiento en la naturaleza humana o de su medio fuera sólo el tiempo. Hace ya también trescientos treinta y nueve años (en 1666) que el fundador de la ciencia **moderna**, Isaac Newton, descubrió el principio de gravedad y muchos otros de la física y hace trescientos dieciocho años (1687) que los publicó en su *Principia Matemática* y estableció un campo nuevo en la ciencia rigurosa y hasta el día de hoy las manzanas no dejan de caer si las soltamos en el aire sólo porque Newton vivió hace tres siglos y ya sería caduco; tampoco América ha dejado de existir por otro continente porque hace más de quinientos años que se le “descubrió”, ni mucho menos la tierra a pasado, para tener un toque de modernidad, a girar alrededor de Plutón, de la Luna o a hacer que éstos y el sol ahora giren en torno a ella sólo porque desde 1663 se prohibió y desestimó la enseñanza de Galileo y Copérnico y eso que hoy la astrofísica sin duda que tiene muchos nuevos descubrimientos.

Es decir, el descubrimiento freudiano evidencia la naturaleza humana en su psiquismo, así como la aportación darwiniana la evidencia en su biologismo y la copernicana y galileana vienen a poner al mundo en su lugar; ahí no hay invenciones ni pretensiones teóricas, más bien se trata de descubrir lo que es, y lo que es, es independiente a lo que de ello se puede pensar a través del tiempo, así, el hombre seguirá siendo hombre hasta el día en que desapareciera como especie, y seguirá amando y odiando. Señalar que el psicoanálisis es caduco, es creer que el hombre lo es según el año en que viva, es ignorar su naturaleza y su constitución.

En la práctica clínica nos topamos día a día con esa atemporalidad y esa aespacialidad en que el sujeto se mueve, pues cuando un analizante de pronto recuerda y vivencia algún afecto hace ya mucho tiempo olvidado o reprimido, no hace más que ser un poco más el que ya era, pero que le dará lugar a tomar una posición diferente ahora. Cuando se establece la transferencia, aparece lo más íntimo del sujeto en el exterior: movimiento pulsional que lanza las mociones más arraigadas a lo externo para luego ser “digeridas” o rechazadas desde ahí. En todo caso, no paramos de ser sorprendidos por lo inconsciente cuando irrumpe aquí y allá, y si apenas podemos ubicarlo, generalmente solo es posible a posteriori. Su estatuto esquemático es también complejo; Freud, ya desde la carta 52³⁴ anuncia su posible ubicación en un esquema del aparato psíquico y lo ubica entre los signos de percepción y lo preconsciente; cosa curiosa que su ubicación sea definida a partir de sus referentes.

La topología nos pone sobre aviso de que ya no se trata únicamente de “hacer consciente lo inconsciente”, sino que se trata de seguir esa línea que pasa de lo interior a lo exterior para volver a constituir lo interior y volver a lo exterior y así sucesivamente. ¿Cuál es pues la revelación de lo inconsciente?; en primer lugar, para decir que lo inconsciente se puede revelar es necesario entonces que antes esté ya velado, que tenga sus velos encima, como la bailarina árabe, que

³⁴ Freud, S. (1896) Carta 52, tomo I, Obras Completas, Amorrortu editores, p.p. 274-280.

cubre y seduce; así eso inconsciente se cubre y en este cubrirse nos da la señal de su existencia, pues entonces suponemos algo de ese velo³⁵, cuando el velo para lo inconsciente no es otra cosa que un lenguaje y un discurso, pero que nos dice una verdad a medias, nos deja esperando la otra parte que nunca llegará si no atendiéramos también a lo que no dice. Tal es el discurso del síntoma por ejemplo, como ya lo sabemos. Pero al mismo tiempo que lo inconsciente se revela, también se rebela en su decir, toda vez que la enunciación rebasa a lo enunciado y no pocas veces pone al sujeto en problemas: “*perdón, no quise decir eso*”, “*disculpa, en verdad no te vi*”, “*es que se me olvidó*”, etc; tales son los aprietos de los que el sujeto con estas comunes excusas intenta zafarse de su deseo y del que no quiere saber nada. Verdadero estatuto de rebelión inconsciente, de inconformidad para quedarse petrificado; es preciso darse a escuchar, rebelarse y poderle revelar al sujeto algo de sí mismo. Aunque la mayoría de las veces el sujeto no hará otra cosa que echarle encima a su deseo más velos para no verlo: re-velarlo.

De tal forma que lo que tiene efecto de revelación en un análisis es precisamente lo que apunta a la caída de los velos y que deja al descubierto la esencia del deseo.

Hay pues seducción en el discurso donde lo inconsciente se anuncia, seducción que invita a voltear la mirada (o la escucha), a lo que está detrás de lo que se dice, pero de lo que el sujeto nada quiere saber y no quiere saber nada justo porque eso que se anuncia es nada más y nada menos que lo que le es más familiar, su *heimlich*; pero ya sabemos por Freud que eso familiar resulta tanto más ominoso cuanto más familiar es, de tal forma que lo *heimlich* deviene en *unheimlich*³⁶. Bajo esta perspectiva resulta difícil creer que el sujeto pudiese desprenderse de lo que más es suyo, y que no dejará de anunciarse de una u otra forma. ¿de qué se trata entonces en un análisis, de que lo inconsciente cese de ponerle traspies al sujeto y “se calle la boca”, o de que el sujeto se convierta en un

³⁵ Lacan, J. (1957) Seminario 4. La relación de objeto, Editorial Paidós, p.p. 152-166.

³⁶ Freud, S. (1919), Lo ominoso, tomoXVII, Amorrortu editores.

prudente portador de su inconsciente y permita libre expresión a este sin mortificarse más?.

Es obvio que el negarse a escuchar lo que lo inconsciente tiene para decir, puede ser contribuir con los requisitos para la formación de síntomas, así como el permitirse cualquier cosa luego de atender a lo inconsciente puede generarle nuevas dificultades al sujeto, generalmente con los demás; entonces no se trataría de una cosa ni de otra, sino de la posición que el sujeto tenga ante esto inconsciente. Es decir, por mucho análisis que el sujeto haya vivido, no por esto dejará de haber represión, deseo, falta, etc; que lo incomoden de vez en vez, pero ahora él podrá hacer de eso algo distinto a un síntoma con eso que se le seguirá rebelando y revelando.

La escucha que se hace en la clínica es pues, no la escucha de un lugar, aquél que su-pondría al inconsciente solo en una tópica, sino que es una escucha de lo que discurre a flor de piel, de un verbo, es aquí donde la lingüística apoya esta escucha. Lacan lo articula desde 1953³⁷ donde podemos leer entre líneas³⁸ que las posibilidades de la palabra van más allá de nombrar cosas o situaciones para signar y significar las vivencias del sujeto y a él mismo desde una palabra que hace nombre por ejemplo, o de un sufrimiento metaforizado en el cuerpo, que habla y grita y donde esta misma palabra no le pertenece al sujeto toda vez que le viene del campo del Otro, ni tampoco él la porta, todo lo contrario, él es sujeto a partir de que se inscribe en el mundo mediante la palabra e inscribe al mundo en su subjetividad también por la palabra, o sea, cuando las percepciones pasan a ese registro del que nos habla Freud como signos de percepción anudados a representaciones-palabra³⁹; donde lo interno solo es posible a partir de la exterioridad; donde el sujeto será tal solo cuando se diferencie de la madre, o sea, cuando pueda dirigirse a ella con su demanda ya que si se dirige a ella con una

³⁷ Lacan, J. (1953), Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis, tomo I, Escritos, Siglo XXI editores.

³⁸ Lo cual siempre implica cierto riesgo de perderse en lo que un texto puede no decir.

³⁹ Freud, S. (1896) Carta 52, tomo I, Obras Completas, Amorrortu editores.

demanda es porque la necesita y solamente la necesitará cuando se haya concretado la posibilidad de su ausencia, cuando pueda entonces jugar a su fortuna.

Palabras que van y que vienen, que entran y que salen, que signan, que significan, que engañan y que denuncian; tal es el universo en el que nos encontramos inmersos cuando hablamos y cuando somos hablados por lo que decimos sin darnos cuenta.

El objetivo desde la clínica psicoanalítica no es entonces –como algunos creen- hacer consciente lo inconsciente, pues en ese sentido el análisis no tendría fin ya que no podemos pretender que haya un momento en el que el sujeto se “librara” de lo inconsciente al haberlo hecho todo consciente, es decir, ¿se quedaría este sujeto al final de análisis sin inconsciente?, pregunta absurda, pero congruente con el postulado de que el objetivo analítico es hacer consciente lo inconsciente. Un final de análisis es posible cuando lo entendemos como método⁴⁰, pero no como proceso, no es tomar una vacuna contra lo inconsciente, ni negarlo, el proceso en todo caso permite al sujeto darle su lugar a lo

⁴⁰ Restaría aún ver qué es eso del método en psicoanálisis, lo que nos llevaría también a meternos en terreno de la técnica psicoanalítica. Como esto no es el tema solamente apuntamos lo siguiente en cuanto a la técnica, lo que bien nos daría para todo un seminario:

¿Es posible hablar de técnica en psicoanálisis?, y más aún, ¿es posible hablar de técnica del psicoanálisis?. La International Psychoanalytical Association, fundada por Freud en 1910 ha establecido normas para la formación del analista y para la intervención desde la clínica (asignación del analista para el análisis personal y de control del candidato a analista -*análisis didáctico*-, tiempos determinados de la sesión analítica, etc.). Freud propone efectivamente una manera específica de intervenir y de encuadrar el análisis a la que denomina técnica; y no solo eso, sino que se permite “aconsejar” al médico sobre lo que *debería* ser el tratamiento psicoanalítico. Por otro lado se impone igualmente la pregunta de si es posible no hablar de técnica en psicoanálisis. Ahora bien, Freud ¿era freudiano?: analizaba a miembros de su propia familia, conocidos y allegados a la familia, atestaba su consultorio con figurillas que evidenciaban sus gustos e intereses, recibía ayuda de sus pacientes para asuntos personales, etc. Por su parte, Lacan por haber operado un cambio en la técnica psicoanalítica pagó el precio de la “*excomuni3n*” de la Soci3té Psychanalytique de Paris. y consecutivamente de la I.P.A., pero ese cambio fue a su vez consecuencia de su retorno a Freud. Una técnica permite que la cosa ande, pero ¿qué sucede cuando un analista pretende que la cosa ande con su paciente, que funcione, cuando este discurso pertenece al amo a quien precisamente le importa que la cosa funcione?, ¿desde donde entonces se posiciona un analista, no solo ante su paciente, sino entre un paciente y una técnica?.

inconsciente y esto es escuchándolo, pues bien podríamos decir que es lo inconsciente lo que muchas veces pone al sujeto en su lugar: como carente, como castrado y como incompleto.

En cuanto a las preguntas que nos planteábamos al inicio, podemos responder lo siguiente: ¿Dónde **está el** inconsciente?: más que ubicarlo en cualquier esquema, diremos sencillamente que el inconsciente está en el sujeto, habitándolo; ¿dónde **es lo** inconsciente?: en el discurso del sujeto, discurso al cual precisamente se encuentra sujeto y por el cual, al ser escuchado, un sujeto podrá, eventualmente, encontrarse.

En la medida en que sigamos permitiéndonos una escucha del sujeto, en esa misma medida continuará habiendo demandas de análisis, esto es justamente lo que sucedió con Freud al inicio, surgió el psicoanálisis de una escucha que no le fue posible hacer a la medicina desde su saber ni a ninguna otra disciplina, desde entonces ha tenido efectos tanto en lo particular de cada sujeto que ha hecho un análisis, como en la cultura.

La vigencia del psicoanálisis es también, y principalmente, responsabilidad de los psicoanalistas, pues sostener ese lugar pacientemente es la única posibilidad de que un acto psicoanalítico se produzca. Hoy en día, pero insisto, también desde época de Freud, el discurso imperante es el de lo práctico, de lo barato, donde no hay razón para echar una mirada a la esencia humana porque espanta, es el discurso de mercado, el del sujeto convertido primero en consumidor y ahora en el objeto mismo de consumo, es el de la ilusión de la completud y de la felicidad.

De esa forma las terapias breves y “científicas” resultan la elección más prudente, seria y eficaz, ¿quién quiere hoy en día dedicarle a un tratamiento psíquico –no digo psicológico- tanto tiempo? o sea, ¿quién quiere hoy en día ocuparse más de sí mismo? ¿no es mejor arreglar rápido el “*desperfecto*” y seguir

sin saber nada más de lo que pudo haberlo ocasionado?, ¿habrá una relación con ese no-querer-saber-más-nada-de-sí y la cantidad de posiciones melancólicas – trastornos depresivos les dicen los psicólogos y psiquiatras- que se presentan en esto días en un dramático aumento, donde precisamente no hay un lugar para el sujeto ni siquiera en el sujeto mismo?, es que el sujeto mismo es el que se pierde, es el dolor del no-ser; ese mismo no-ser que podemos ver en los empleados enajenados con un trabajo que no les permite la vida, hay que escuchar a los pacientes si no me creen a mi.

¿Cómo podría sostenerse el psicoanálisis si no sostenemos una posición desde él mismo? Hace dos semanas recibí una invitación de una persona a la cual tengo en la más alta estima; esa invitación provenía de una asociación que se adjetiva de psicoanalítica en México y que sostiene ser la representante de la causa freudiana oficial; esa invitación era a participar de un curso de terapia cognitivo conductual. Me pregunto cuál es la posición de los organizadores; he de decir que no sé si los organizadores sean analistas de esa asociación y sean ellos mismos quienes hayan impartido tal curso (¿no lo harían mejor los cognitivos conductuales?). ¿Por qué trabajar un curso cognitivo conductual siendo analistas? ¿por qué una asociación **psicoanalítica** formaría a terapeutas cognitivos conductuales? ¿es que creen que el análisis no es suficiente para tratar al sujeto hoy en día? ¿es que se tratará de emplear técnicas según el caso o el momento que viva el paciente? ¿dónde quedaría la posición ética del analista en ese caso? Existe también la posibilidad de que se tratara de una discusión y un diálogo con esa disciplina, lo que me parece siempre pertinente. La cuestión es que siempre somos producto de nuestros actos, el sujeto sucede al acto que lo funda como tal, decimos de alguien que es honesto porque se conduce honestamente en sus actos, o que es mentiroso porque miente, o que es analista porque sostiene esa posición –siempre resbaladiza por cierto- ante otro para que pueda analizarse, es el acto lo que adjetiva y nombra y hace existir al sujeto de ese acto.

Acaba de publicarse un libro en Francia llamado *El libro negro del psicoanálisis* que pretende denunciar las fallas de este método y sus terribles consecuencias; invita a quienes acudan con un analista a dejar de hacerlo y asistir mejor con terapeutas cognitivos conductuales, así como invita a quienes se están formando en la clínica o a quienes ya se sostienen como analistas a abandonar esa práctica (según información que un querido amigo me hizo llegar donde aparece una carta de Élizabéth Roudinesco quien responde a esa publicación). Como vemos, nada de esto es nuevo para el psicoanálisis, pues una de sus características esenciales ha sido la de poner en crisis a diversas teorías e ideologías así como al sujeto mismo (¿quién no ha vivido alguna crisis en su análisis?), lo que históricamente ha dado lugar a todo tipo de resistencias contra el análisis, como Freud mismo lo percibió.

Estoy de acuerdo con Derrida en que el problema actual para el análisis, su crisis, en todo caso, consiste en su dificultad para poner en crisis. En la medida en que hay quienes han pretendido poner al psicoanálisis al servicio de otras disciplinas, subordinándolo y mutilándolo de todo aquello que resulte incómodo o impracticable ante los fines propuestos por la otra disciplina, en esa medida intentan adaptar al psicoanálisis mismo tal como intentan adaptar al sujeto a su medio; (en una ocasión escuché a una mujer que se decía psicóloga psicoanalítica (¡?!), y en otra a alguien que decía que su madre es psicoanalista pero que también practica aromaterapia y da masajes).

Creo que no tenemos que alarmarnos ante los ataques que se le dirigen al psicoanálisis –y le seguirán dirigiendo-; lo importante, me parece, será la posición que sigamos tomando ante los sujetos que escuchemos como analizantes, la posición ética que tomemos ante los eventos que acontecen en esta nuestra época, la posición que tomemos ante el deseo y nuestra propia escucha, y sobre todo, la posibilidad que nos demos de mantener siempre vigente la pregunta de ¿qué es el psicoanálisis? dispuestos a escuchar al sujeto de lo inconsciente en su

actualidad, que es la de sus actos. Afortunadamente el psicoanálisis no es una moda.

La apuesta seguirá siendo sostener la posibilidad de escuchar y seguir siendo a pesar y por medio de la falta que articula al deseo, sin deseo no hay sujeto.

El riesgo de la continuidad del psicoanálisis aparece cuando se intenta hacer de él una ortopedia, o sea, una mera técnica para que el sujeto se adapte al medio, digamos a la demanda del Otro; esas intervenciones en nombre del psicoanálisis no se distinguen de la del cirujano plástico que ofrece a una persona la posibilidad de transformar su cuerpo para adaptarse a una moda hecha de pura imagen constituida desde el campo de la demanda del Otro, ¿Cuántas mujeres operadas de los pechos conoce usted por ejemplo, o cuantas de las caderas o de los glúteos, de la nariz, de los labios, etc.?, aunque esto no es privativo de las mujeres por más que sean las primeras clientes para las cirugías plásticas, noten cómo se con-funde el sentido de la plasticidad a lo artificial del plástico; bueno, esas y esos operad@s –incluso así escriben ahora para hablar de “ellos” y “ellas” al mismo tiempo ¿no?-, todos esos sujetos que ingresan a los quirófanos para transformar sus cuerpos (donde podemos encontrar a los transexuales en un extremo), vienen a ser psicóticos en el sentido en que Freud adjudica la imposibilidad de asumir la realidad, negándola y poniendo en su lugar otra, la realidad psíquica, ahí donde el sujeto no puede transformar su Yo para integrarse a la realidad y transforma esa realidad para adaptarla a su Yo⁴¹. Como ven, si atendiéramos lo que Freud nos dice en esos textos donde se dedica a ubicar la distinción y las características de la neurosis y la psicosis, todos esos serían designados como psicóticos, o al menos de estructura psicótica, pero como no es el caso que aquí me interese resaltar, digo que el psicoanálisis puesto al servicio de una adaptación en detrimento del sujeto del inconsciente, no es más que una

⁴¹ Freud, S.(19) Neurósis y psicósis

ortopedia donde lo psíquico sería *toreado*, manipulado y hasta embellecido para otro y entonces tener felizmente la aceptación total de todos cuanto nos rodeen.

La aceptación se ha venido a convertir más que nunca –contribuyendo en gran medida los medios de (des)comunicación- en la demanda del deseo del Otro que articula a la posición histérica de la que nos advirtió Lacan en su discurso sobre la histeria. Para las personas parece ser de vital importancia tener ese reconocimiento que lejos de darles un lugar en su particularidad de sujetos, los viene a diluir en un todos-iguales, todas *güeras* y *chichonas*, todas flacas, todos guapos, etc., donde justamente lo que no hay es lugar a la particularidad del ser, y luego se extrañan de la diversidad de posiciones psicosexuales que han surgido; cómo no esperar que lo particular se abra paso de alguna forma si no se le da un lugar a esa particularidad (la del deseo); como sucede con el ejemplo que señalé en el párrafo anterior, el de *operad@s*, o *tod@s*, pues ahí, en la misma escritura se pretende abarcar la diferencia sexual eludiéndola.

Es así también como la persona que se hace operar para transformarse elude la particularidad de su ser en el propio cuerpo a costa del mismo cuerpo, que justo por tener una relación privilegiadamente imaginaria con ese cuerpo, intenta dar el salto a la manipulación de lo real del cuerpo.

Ahí encontraríamos igualmente una posición psicótica desde la propuesta de Lacan, donde lo que no se pudo simbolizar –el significante fálico, producto de la metáfora paterna- regresa luego desde lo real; con la distinción que aquí es el sujeto quien hace regresar ese significante de lo imaginario a lo real, en donde el cuerpo perfecto se perfila en el horizonte de la esperanza neurótica como ideal del Yo. ¿Quién puede querer de buena gana hacerse anestesiar para que le corten la piel con un bisturí y manipulen sus órganos; le introduzcan luego bolsas plastificadas entre las carnes y encima pagar por eso? ¿conoce usted el traumatismo físico y el sufrimiento que implican estas operaciones?, goce puro.

Llama la atención que en la mayoría de los lugares en que se ofrecen cirugías plásticas, uno de los argumentos principales que emplean para invitar a las personas a someterse a las mismas es una *baja autoestima y depresión*, (incluso hay folletos al respecto), habría que ver a qué se refieren con eso, pero la invitación que al menos yo leo entre líneas es: “*¿no le gusta su cuerpo?, ¿no se gusta usted?, ¿está deprimido por eso?, no se preocupe y tampoco se pregunte nada al respecto, venga con nosotros que nosotros le cambios ese cuerpo; si se puede ¿por qué no hacerlo? Todo para que usted se sienta mejor*”. Una posición irresponsable y perversa donde alguien se erige como el que sabe lo que hace falta al otro, y no sólo eso, sino que lo tiene para dárselo y hacerlo feliz, imponiendo un modelo de felicidad y de estética alienante al sujeto mismo.

De forma semejante, cuando logren adaptar al psicoanálisis, como se intenta ya desde algunas propuestas terapéuticas hacer con el sujeto, cuando ya no cause ninguna incomodidad a la hipocresía humana, cuando la pulsión sea pretendidamente domeñada, cuando el psicoanálisis termine por ser aceptado, reconocido oficialmente y entonces subrogado y tragado por el discurso cientificista y universitario, estaremos entonces ante el fin del psicoanálisis, donde ningún síntoma, sueño, chiste, lapsus, ni discurso podrá decirle nada al sujeto de sí mismo en la medida en que el sujeto no se escuchará. Lo único que podrá escuchar es lo que el Otro de la ciencia tendría para decirle sobre eso que le acontece porque ya estaría explicado. No habría entonces ninguna diferencia con el discurso religioso donde TODA explicación estaría ya contenida en la Biblia, el libro de todos los libros; delirio puro, preeminencia de lo imaginario, dogma.

Eso seguramente pasará si, y sólo si, dejamos de escuchar al sujeto del inconsciente que hasta ahora, nos sigue hablando.

El fin del psicoanálisis es... su principio

MANUEL HERNÁNDEZ GARCÍA

- ¿Cuáles son las condiciones promovidas por el mismo psicoanálisis tales que pueden llevar a su desaparición?

Que haya obstáculos externos al psicoanálisis no es un descubrimiento, en cambio es posible cuestionar el momento actual del movimiento analítico y del psicoanálisis como tal para intentar localizar aquellos factores que harían que el propio psicoanálisis se neutralizara a sí mismo hasta su completa desaparición. Jacques Derrida ha hablado de resistencias *del* psicoanálisis en un libro del mismo nombre.⁴²

¿Quién puede decir actualmente qué sí es psicoanálisis y qué no lo es? Todos y nadie, es decir, el psicoanálisis es lo que produce cada uno que se considere dentro del mismo; de ahí que ahora cada quien tenga una cuota de responsabilidad en lo que es el psicoanálisis, y lo que será su porvenir. En cambio, en vida de Freud sí había alguien, él mismo, que podía establecer límites claros para declarar qué elaboraciones eran ajenas al psicoanálisis. Después de su muerte, la IPA (*International Psychoanalytic Association*) pudo asumir esa función durante un tiempo, pero ya desde hace mucho la dispersión del movimiento psicoanalítico es tan grande que el término “psicoanálisis” sencillamente está fuera del control de todo el mundo y, por la misma razón, puede ser empleado por cualquiera para describir su actividad. Así, siempre es posible declararse como el genuino portador del psicoanálisis. De hecho es muy frecuente encontrar a menudo declaraciones sobre la “crisis del psicoanálisis” y sobre la necesidad de “salvarlo” de su extinción. El momento actual no es diferente en eso a cualquier otro. ¿Habría que concluir que el psicoanálisis siempre está en crisis y en peligro

⁴² Jacques Derrida, *Résistances de la psychanalyse*, Galilée, París, 1996 / *Resistencias del psicoanálisis*, Paidós, México, 1998. En la colección convenientemente llamada “Espacios del saber”. En lo sucesivo citaremos la versión en francés y en español divididas por un /.

de desaparecer? A mi entender sí, lo que se comprende si se mide la seriedad de aquella afirmación en la que Lacan señaló que no hay transmisión del psicoanálisis, y que hay que reinventarlo cada vez.⁴³ Si es así, entonces las principales causas de su desaparición pueden estar en el psicoanálisis mismo y no afuera.

- *¿Existe un psicoanálisis derridiano?*

Los Estados Generales del psicoanálisis fue una reunión que tuvo lugar en París en el año 2000. Se trató de una convocatoria a dialogar abierta a cualquiera que se considerara parte del psicoanálisis.⁴⁴ En el origen de esta convocatoria se encuentra el caso de Amilcar Lobo y el escándalo que le siguió. Explotó cuando corrió la noticia de que en Brasil “un psicoanalista era a la vez torturador” y que colaboraba con la dictadura. Ese caso dio pie a un rumor que fue acallado en la IPA durante años, hasta la publicación del libro de Helena Besserman Viana⁴⁵ y la acogida que tuvo por parte de algunos personajes parisinos bajo la forma de una reunión en esa ciudad en 1998, misma que no transcurrió sin incidentes, y que desembocó, sin embargo, en la organización de la gran reunión en la Sorbona bajo el título de *États Généraux de la psychanalyse*, de cuya concepción participó Jacques Derrida. Los efectos de ello permean todavía diferentes medios analíticos, sobre todo latinoamericanos.

Es posible afirmar que el caso Lobo es un resultado lógico de la modalidad de formación de psicoanalistas que practica la IPA, en cuyo sistema se declara a alguien “psicoanalista en formación” a partir del momento en que está haciendo un análisis didáctico y que ha recibido autorización para recibir pacientes, bajo

⁴³ *Congrès de l'École Freudienne de Paris sur « La transmission »*. En *Lettres de l'École*, 1979, n° 25, vol. II, pp. 219-220. en *Pas-tout Lacan*, www.ecole-lacanienne.net

⁴⁴ Se pueden encontrar las precisiones al respecto en el sitio www.etatsgeneraux-psychanalyse.net

⁴⁵ Helena Besserman Viana, *No se lo cuente a nadie. Política del psicoanálisis frente a la dictadura y la tortura*, Polemos Editorial, Buenos Aires, 1998

supervisión de dos analistas del Instituto que se hace cargo de su formación. Cumplidos ciertos requisitos dicho candidato, pero ya analista en formación, será miembro asociado y, al cabo de un tiempo y de haber cumplido otros requisitos, miembro titular e incluso analista didacta. Como es bien sabido, la IPA considera que puede elegir a los mejores candidatos a psicoanalistas a través de entrevistas previas, haciendo su selección al inicio del recorrido.

Lacan propuso otro punto de vista: solamente cuando un análisis ha llegado a su final el que era analizante puede comenzar a operar en el lugar del analista. El psicoanalista existe en función de su fin de análisis.

Cuando la IPA reconoce a alguien como analista, así sea “en formación”, asume una responsabilidad corporativa, pues otorga una autorización institucional. Por eso en el caso Lobo, las acusaciones apuntaron a la Sociedad a la que pertenecía y, sobre todo, a su didacta. Ahora bien, si no hubiese existido dicho marco institucional y Amilcar Lobo hubiese simplemente pedido un análisis ¿cuál hubiera sido el problema? ¿Qué inconveniente hay en que un psicoanalista reciba en su diván a alguien que practica la tortura? Ninguno, siempre y cuando esté dispuesto a darle lugar a los avatares que la transferencia introduce, como en cada caso. El problema para la IPA fue considerar a Amilcar Lobo como un “analista en formación”, y la responsabilidad de lo que sucedió lógicamente recayó en su didacta. No es extraño si se piensa que los didactas tienen una influencia institucional en el avance de sus analizados-candidatos.

Como se ve, la cuestión candente es el momento en que alguien es nombrado y reconocido como analista, es decir, si eso sucede *antes* o *después* de su fin de análisis.

Sin embargo, el libro que resultó de los Estados generales del psicoanálisis⁴⁶ revela que el problema de la localización del analista no fue encarado. Ahí, cualquiera es analista si se dice tal. Contrariamente a lo que se cree, la frase “el analista no se autoriza más que por él mismo” tiene un sentido completamente

⁴⁶ Rene Major (dir.), Élisabeth Roudinesco, Armando Uribe, Jacques Derrida, Amy Cohen, *Estados generales del psicoanálisis. Perspectivas para el tercer milenio*. Siglo XXI editores Argentina, 2005, Buenos Aires.

diferente. Cuando Lacan avanzó por primera vez esa idea fue en un texto en donde también abre la cuestión de que el fin de análisis es lo que permite el paso de hecho del lugar del analizante al del analista, y donde se trata, igualmente, del pase. Así, autorización, fin de análisis y pase fueron vinculados entre sí por Lacan. En cambio, para los Estados generales no hay interrogación alguna sobre la autorización del analista y su relación con el fin de análisis; al producirse ese vacío, la discusión se precipita al terreno político, al mismo tiempo que de manera implícita o explícita se da por bueno al modelo de Eitingon para la formación de los analistas (análisis didáctico, supervisión y seminarios teóricos). Tanto es así que los Estados generales apuntan a crear un *Instituto de Altos Estudios en Psicoanálisis* que busca garantizar el acceso a cierto “nivel de conocimientos”⁴⁷ en la formación de los analistas, y al igual que en el modelo de Eitingon subyace la idea de que lo central es garantizar un saber suficiente del psicoanalista.

- Todos analistas, nadie analista

Cuando se habla de *formación del analista* se habla de una tarea interminable. No nos referimos sólo a esa noción vaga y teñida de falsa humildad en donde alguien declara que “nunca termina de aprender”, sino a un posicionamiento específico que dice que la formación del analista surge de cierta adquisición de un saber y, por lo tanto, de una acumulación de conocimientos, como el susodicho Instituto de Altos Estudios en Psicoanálisis lo prevé explícitamente.

Por su parte, Jacques Derrida ha avanzado su tesis sobre la “división de la letra” haciendo una crítica explícita –aunque no muy bien informada- sobre la noción de letra en Lacan, misma que, según Derrida, sería una noción idealista en tanto que implicaría la indivisibilidad de la letra⁴⁸. No es este el momento de hacer un

⁴⁷ Ibid., p. 242

⁴⁸ Jacques Derrida, *Résistances de la psychanalyse*, op. cit., p.78 / *Resistencias del psicoanálisis*, op. cit. En la colección convenientemente llamada “Espacios del saber”. p.88-89.

análisis de esa crítica a un Lacan fabricado a modo, sino de sacar las consecuencias de la tesis de Derrida. Si el análisis es *ana-lysis*, en el sentido químico del término, entonces la división de la letra no tiene fin y por eso el análisis es interminable, dice Derrida⁴⁹. ¿Adónde conduce esta tesis? Nada menos que a diluir la especificidad del psicoanalista. En el mismo texto en que trata a Lacan de idealista, Derrida declara que él es analizante y analista “en su tiempo libre”, como todo el mundo.

Vayamos paso a paso; Derrida fabrica, de nuevo, un Lacan a modo para hacer una crítica, atribuyéndole que insistía sobre “su estatuto real de no-analista institucional”. ¿Qué habría dicho, en verdad, Lacan? La cuestión se presenta por la vía del *se-dice*, y lo cuenta Derrida en su artículo “Por el amor de Lacan”:

Girard me contó que, después de mi conferencia en Baltimore, cuando él trataba de hacer compartir a Lacan su propia evaluación (que era generosa), Lacan, por su parte, habría dicho: “Sí, sí, está bien, pero la diferencia entre él y yo es que él no trata con personas que sufren”. Se sobreentiende “con personas en análisis”. ¿Qué sabía? Muy imprudente. No podía decir eso con toda tranquilidad, ni saberlo, a menos que no se refiriera al sufrimiento (ay, yo también, como tantos otros, trato con personas que sufren, todos ustedes por ejemplo), ni a la transferencia, es decir, al amor, que nunca tuvo necesidad de la situación analítica para hacer de las suyas. Lacan hacía entonces de la clínica institucionalizada de un cierto modo, y de las reglas de la situación analítica, un criterio de competencia absoluta para hablar –de todo esto-.⁵⁰

¿En verdad es eso lo que dijo Lacan? Poco importa, pues la cuestión se presenta por el lado del *se-dice*. Pero sí es relevante ver las consecuencias que saca Derrida de su propia anécdota: ¿hay posibilidades o no para un lugar y una

⁴⁹ *Ibíd.* p. 40/ p. 44

⁵⁰ *Ibíd.* p. 86 / . p. 98

función específica del analista? No, al menos en su opinión, pues sostiene que no hay tal especificidad, pues igual que Lacan, él trataba con transferencias y con personas que sufren, como lo hacemos todos.

De hecho, lo que aquí está implicado fue dicho claramente un poco después en el mismo texto. Derrida trae a la memoria un momento del seminario *L'insu que sait de l'une bévue s'aile à mourre* en donde Lacan habría dicho que él creía a Derrida en análisis, aunque no lo sabía de cierto.

De todas maneras, ¿qué sabía él de que yo estuviera o no en análisis, y qué podía significar esto? El hecho de que yo no haya estado nunca en análisis, en el sentido institucional de la situación analítica, no me impide estar aquí o allá, de manera poco responsable, como analizante o analista por momentos y a mi manera. Como todo el mundo.⁵¹

Este párrafo presenta varios problemas, dignos de comentario. Citemos antes la versión original en francés.

*De toute façon qu'en savait-il, que je fusse ou non en analyse, et qu'est-ce que cela pouvait signifier? Que je n'ai jamais été en analyse, au sens institutionnel de la situation analytique, ne m'empêche pas d'être ici ou là, de façon peu comptable, analysant ou analyste à mes heures et à ma manière. Comme tout le monde.*⁵²

En primer lugar aquí está explícito que para Derrida no hay especificidad del lugar del analista. De hecho considera que hay una oscilación continua entre las posiciones de analizante y analista, y que es posible ser analista “en sus horas

⁵¹ Jacques Derrida, *Resistencias del psicoanálisis*, op. cit., p. 99

⁵² Jacques Derrida, *Résistances de la psychanalyse*, op. cit. p. 86-87

libres” (no “por momentos” como dice la traducción al castellano).

Afortunadamente, Derrida aclara que todo esto es de manera poco responsable.

A pesar de su amor de Lacan, o precisamente por él, su desconocimiento sistemático de la enseñanza lacaniana se verifica cuando habla de “la situación analítica”. Lacan dedicó un seminario a desmentir en cuanto a la transferencia su “pretendida situación”. No existe la “situación analítica” por el hecho de que al renunciar al encuadre, para Lacan tampoco existía ninguna situación “institucional” del análisis. Sin tomar esto en consideración, Derrida ondea ese término “institucional” con un matiz peyorativo, aunque es claro que para Lacan el análisis era un dispositivo móvil y no una situación institucional. Tan fue así que eso determinó su expulsión de la IPA, pues en eso Lacan no dio marcha atrás.

La posición de Lacan respecto a la localización del analista por el final de análisis es el grado cero de la institucionalidad y la apuesta por dos dispositivos: el del análisis -llevado hasta su conclusión- y el del pase.

Pero ¿acaso el psicoanálisis no es realmente infinito? Lo es, si se toma sólo al registro simbólico; y no por una infinita división de la letra -operación un tanto misteriosa- sino porque el lenguaje no tiene límites. Sin embargo, desde 1953 para Lacan existen junto al simbólico, también el imaginario y el real, sobre los que no me detendré por ahora. En cambio, sí es importante hacer hincapié en que el final del análisis llega en un acto, el acto analítico. ¿Es posible aprehender las implicaciones del acto analítico si se habla por el amor de Lacan, si el amor transferencial está vigente, como implica el mismo Derrida en el párrafo antes citado?

El acto es heterogéneo al simbólico, va más allá de éste aún si tiene una punta significativa. Subvierte al simbólico, dándole una nueva configuración, y hay acto en la medida en que la acción reordena las relaciones simbólicas. Un lapsus en el que un hombre llama a su mujer con el nombre de otra es un pasaje al acto que puede cambiar para siempre la relación con su mujer, al punto en que tal vez ésta deje de serlo. Al cruzar el Rubicón, Julio César realizaba un acto de las mayores consecuencias para el mundo occidental.

El acto, una noción altamente conceptualizada por Lacan entre 1967 y 1968, es incomprensible sin el objeto *a* que se localiza por los tres registros, sin ser exclusivamente de alguno de ellos. Esto es lo que Derrida desconoce sistemáticamente, y procede como si el psicoanálisis fuese exclusivamente simbólico.

La práctica lacaniana se orienta por los tres registros, en cambio, el psicoanálisis que reivindica como única intervención posible del analista la interpretación, corre el riesgo de generar su infinitud. Este es el psicoanálisis que más apoyo ha buscado en las tesis de Derrida, con lo cual se llega a dos posicionamientos:

- 1) El acto analítico queda borrado, pues se parte de la tesis de que el análisis es interminable.
- 2) El sintagma “el analista no se autoriza más que por él mismo” se entiende como “cualquiera puede ser analista y analizante a su guisa” y se diluye la especificidad de los lugares.

- Los Estados generales y la oleada moral

La consecuencia de lo anterior es que se borra la tesis más exigente que se haya producido jamás respecto del psicoanalista: se accede al lugar de psicoanalista a partir de un final de análisis, no antes, y no por otra vía.

El posicionamiento de los Estado generales refuerza una noción preanalítica y que es heterogénea a la práctica del psicoanálisis: la idea de individuo que decide libremente y que cuenta con derechos ¡hasta el punto de hablar de un “derecho a la subjetividad”!⁵³. Se trata del psicoanalista funcionando como amo –que, como en la democracia de la Grecia antigua, se preocupa por ser de los mejores

⁵³ Es nada menos que el título de uno de los textos de René Major: “El derecho a la subjetividad”, *Estados generales...*, *op. cit.*, p. 217

intelectualmente- y cuyo estatuto social es el de *ciudadano*, con sus consiguientes responsabilidades.

Si se piensa que bromeamos, hay que ver cuáles son los objetivos del llamado Instituto de Altos Estudios en Psicoanálisis:

Ese lugar será propicio, al mismo tiempo:

- 1) para la más exigente formación intelectual de los psicoanalistas, cuya necesidad planteaba Freud;
- 2) para la investigación multidisciplinaria que toma en cuenta los irreductibles avances del psicoanálisis;
- 3) para el ejercicio del más agudo análisis de los problemas actuales de la sociedad, que comprometen la *responsabilidad ciudadana*.⁵⁴

O bien podemos citar a René Major que considera que

ahora el psicoanálisis está presente en forma virtual o real, en cualquier lugar donde uno se interrogue sobre las transformaciones que se llevan a cabo, y se involucra en la comprensión a largo plazo de estas transformaciones en cuanto a sus consecuencias sociales, jurídica, filosóficas, éticas y políticas. Exige de los psicoanalistas conocimientos cada vez más amplios, alentándolos a establecer, para su misma formación, lo que Freud llamaba “escuelas superiores de psicoanálisis, donde se enseñarían muchas disciplinas.”⁵⁵

⁵⁴ *Estados generales...op. cit.*, p. 244, las itálicas son nuestras.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 26

Así, cargado de saberes, el analista podría opinar con conocimientos suficientes en todas esas áreas, lo que Major eufemísticamente llama “seguir interrogando el deseo del filósofo, del jurista, del hombre de ciencia o del hombre de poder”.⁵⁶

Semejante psicoanalista, que tanto puede, lo menos que debe hacer es pronunciarse por el *derecho al psicoanálisis*, o como Major dice, el “derecho de hablar libremente –‘excesivamente’- y ser verdaderamente oído, de todos aquellos que en el pasado pudieron haberse sentido excluidos o privados de ello.”⁵⁷ En una sola frase Major declara la libertad e igualdad de los hombres por el derecho al psicoanálisis. ¡Magnífico!

Esta versión a la francesa de un psicoanálisis guiado por los derechos del hombre tiene también su correlato en Estados Unidos, pues la APsA ya declaró explícitamente que su institución y sus psicoanalistas se rigen por los derechos humanos.⁵⁸ Respuestas morales a problemas analíticos.

- Saber o destitución del sujeto supuesto saber

El resultado del posicionamiento promovido por los Estados generales ha sido fortalecer la imperturbable metodología de Max Eitingon sobre la llamada “formación de psicoanalistas”, con el análisis *didáctico* (formal o informal, en donde la enseñanza está en primer término), la supervisión y los seminarios teóricos. Todo apuntando a la acumulación de saber. Pero ¿no será que la operación del psicoanalista se sostiene más bien en mantener con tenacidad una posición de *no-saber*? Esa fue la apuesta de Lacan al plantear que ese no-saber es el resultado de la destitución subjetiva por la que cae el sujeto supuesto saber. Lo que con ello está en juego es la posibilidad de innovar, lo que resulta muy difícil desde la acumulación de saber.

⁵⁶ Ibidem

⁵⁷ Ibid., p. 27

⁵⁸ Cf. www.apsa.org

Tenemos entonces reunidas dos condiciones necesarias para vislumbrar la caducidad del psicoanálisis.

Si todo en el análisis ocurre en el registro simbólico, entonces no hay fin de análisis, y por lo tanto la formación del analista es una cuestión de acumulación de saber, a su vez infinita. Por eso cualquiera que tenga un nivel suficiente de conocimientos (pero también si no lo tiene) puede decirse analista, pues uno sería analista “en su tiempo libre”, pero claro, siempre y cuando tenga la disposición de seguir al infinito la división y la deriva de las palabras, sin que un acto zanje nunca nada. Celebremos pues la inexistencia de la enseñanza de Lacan y la sustitución del método analítico por el de la deconstrucción, en donde por principio el análisis no tiene fin.⁵⁹

No es extraño, pues, que Derrida despierte tanto interés en los medios psicoanalíticos que son anti-lacanianos. Representa una nueva herramienta para rechazar las tesis de Lacan sobre la localización del analista.

El desplazamiento a lo político de una discusión todavía no efectuada de estos problemas está inundando las discusiones de lo que ya se ha llamado una etificación del psicoanálisis⁶⁰, cuya calamidad radica en que veremos la victoria del Bien.

En vez de una interrogación sobre la autorización del psicoanalista, tenemos un discurso sobre los *derechos*, sobre la libertad y la igualdad. Una verdadera secuela de los derechos del hombre. A no dudarlo, triunfará el Bien y sufrirá el psicoanálisis.

- Conclusión... y preguntas al respecto

⁵⁹ “Lo que se llama ‘deconstrucción’ obedece innegablemente a una exigencia *analítica*, a la vez crítica y analítica. Se trata **siempre** de *deshacer, desedimentar, descomponer, desconstituir* sedimentos, *artefacta*, presupuestos, instituciones.” Jacques Derrida, *Résistances de la psychanalyse, op. cit.*, p. 41 / *Resistencias del psicoanálisis, op. cit.* p. 46; las negritas son mías.

⁶⁰ Jean Allouch, *Etificación del psicoanálisis. Calamidad*. Edelp, Córdoba, 1999.

Como se ve, la discusión importante en cuanto al psicoanalista y su acto se sitúa en el fin de análisis. En vez de ser la fuente de un saber suficiente, el análisis finaliza -si se le permite llegar hasta ese punto- en la destitución del sujeto supuesto saber, lo que permite al analista sostener al no-saber con el que puede situar su intervención en cada caso según los movimientos en éste. Lacan planteó ciertos elementos mínimos, pero fundamentales, respecto del fin de análisis. En lugar de una deriva infinita por el simbólico, por el puro bla-bla-bla, el acto efectúa el *deser (desêtre)* del analista y con la caída del analista como objeto *a*, se agujerea al ser de manera topológica. Por esta experiencia Lacan encontró que es posible, para quien está dejando de ser analizante, dar soporte a la función del analista, es decir, a través de un acto que es irreversible y que ningún malabar lingüístico puede revocar.

Presa de una verdad incurable, el analista está afectado por la castración. ¿Será eso lo que haga que exista una actualidad posible del psicoanálisis? Podría ser así si se reconoce que la operación de fin de análisis aún está plagada de enigmas. En esa medida, los finales efectivos de análisis podrían permitir situar los puntos ciegos y los filos de esos grandes ejes planteados por Lacan a partir de su *Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela*.⁶¹ Por ejemplo, si el acto analítico subvierte, como cada acto, al simbólico, ¿el imaginario y el real quedan intactos? Mencionemos sólo dos problemas inmediatos: en cuanto al imaginario, ¿qué sucede con el narcisismo tras el final de un análisis? Y respecto del real, ¿qué implica para la subjetividad de quien finalizó un análisis que el objeto *a*, que se desechó con la caída del analista, se reencuentre en su pareja sexual?⁶² ¿tiene ahí el objeto *a* el mismo estatuto y el mismo efecto que antes de su caída?

A través de interrogar cuidadosamente la operación del final y la autorización del analista tal vez será posible, con Lacan, sostener una apuesta de innovación.

⁶¹ Jacques Lacan, « Proposition du 9 octobre 1967 sur l'analyste de l'École », Scilicet 1, Seuil, París, 1968. La transcripción de la versión oral está disponible en *Pas-tout Lacan*, www.ecole-lacanianne.net

⁶² Jacques Lacan, *L'acte analytique*, 21 de febrero de 1968.